

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1861. — TOMO XVII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 20. — N° 429.

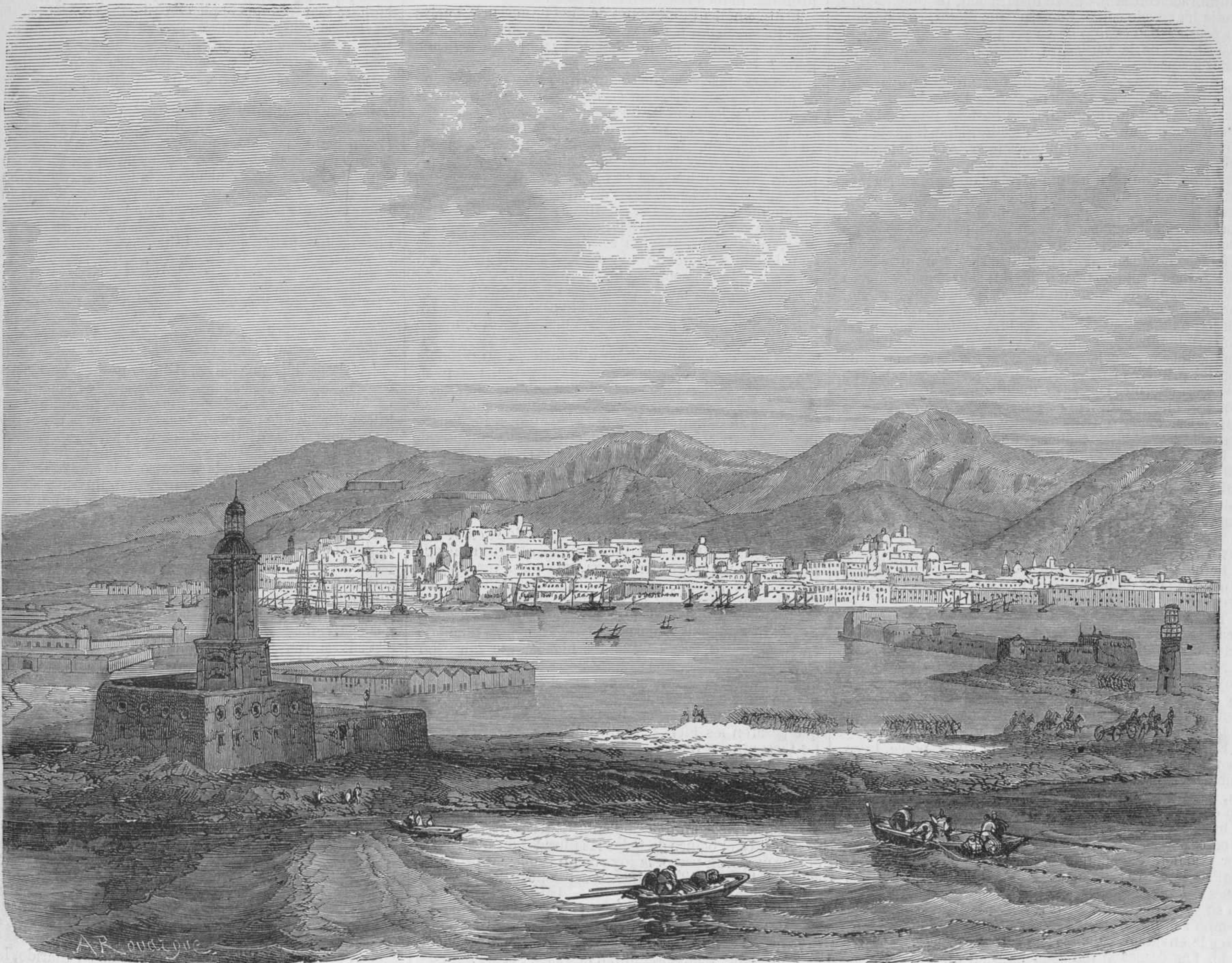
SUMARIO:

Evacuacion de los fuertes de Messina; grabado. — La Iliada moderna. — Las despedidas. — Revista de Paris. — Ricardo Wagner; grabado. — Teatro de la Academia imperial de música; grabado. — Sucesos de Varsovia; grabados. — Una historia inglesa. — Historia de las modas en Francia desde hace un siglo; grabados. —

Vénus guerrera. — Una mujer y una flor. — Antonio Badia y Leblich. — Fiesta de beneficencia en San German; grabado. — Llegada de Francisco II al Quirinal; grabado. — La procesion del viérnes santo en Toledo; grabado. — Los aventureros. — El coronel Osmond; grabado. — La Aurora de la independenciam italiana; grabado.

La Iliada moderna.

¡Qué asombrosa, qué incomprendible, qué inmensa es la imaginacion! Parece imposible que cosa tan grande quepa en la cabeza humana, este pequeño hornillo donde hierven sin cesar ideas, pensamientos, ilusiones, esperanzas, locuras y deseos, donde se condimentan los actos buenos ó malos de nuestra vida.



EVACUACION DE LOS FUERTES DE MESSINA POR LAS TROPAS NAPOLITANAS MANDADAS POR EL GENERAL FERGOLA.

Man. Martini

La imaginación es un cristal de aumento, á través del cual todo aparece noble y hermoso. Las cosas distantes, los tiempos pasados particularmente, surgen á nuestra vista revestidos de un color mágico, de una poesía misteriosa que nos fascina. Pero si la fría razón juzga los tiempos que pasaron, estos se presentan cual fueron, y la realidad sucede á la novelesca mentira que los adorna.

Todos los hechos antiguos nos asombran, y hasta los meros nombres nos entusiasman. Termópilas suena á nuestros oídos como una música; para los griegos no tendrían mas agradable sonido que el que tienen para nosotros los prosáicos baños de Fuencaiente. Atenas para sus moradores sería como para nosotros Santa María, San Ildefonso ó cualquier pueblo que lleve el nombre de su santo patrono. Alcibiades ó Temístocles les haría á ellos el efecto que á nosotros Alvarez, Ramirez ó Pizarro.

¿Qué fueron Alejandro, César, Augusto y otros como ellos? Grandes hombres, sí, pero hombres al fin. Y sin embargo, nos parecen dioses, porque sus nombres están consagrados por los siglos, y cada generación ha coronado con un laurel ó ensalzado su nombre con una tradición. Su memoria dura porque está sepultada en la imaginación que los acaricia y adorna; sus obras cayeron, sus pisadas se borraron de la tierra, sus cuerpos acaso son el polvo que el pasajero levanta en el camino, el cántaro en que la zagala coge el agua de la fuente.

Troya es para nosotros una ciudad encantada, fantástica, con calles cruzadas solo por héroes ó damas hermosas como estatuas de Praxíteles; y ¡quién lo creerá! Troya sería como si dijésemos Sevilla, Burgos, Zaragoza; Héctor equivaldría á Palafox, todo lo demás es cuento. ¿Qué fué el sitio de Troya? el sitio de una ciudad: ¿qué representa? la calaverada de un muchacho, la fragilidad de una mujer, el enojo de un monarca y la locura de un pueblo.

Homero, que con ser el mas verdadero en cuanto á los afectos, era el mas inventor en punto á sucesos, nos ha hecho concebir de la antigüedad una idea altísima como su genio. Es verdad que ha pintado los hombres, las ideas y costumbres de su patria; que como por arte de magia, ha trazado en algunos miles de versos el cuadro completo de una civilización, y ha encerrado en un libro como en un frasco, la esencia, el extracto de su época; pero ha revestido todo con su poesía, ha teñido la antigüedad con el color divino de su mente y la ha alumbrado con la luz de su inspiración. Después de Dios nadie ha creado como Homero: sus dioses, sus héroes, su poesía, todo es hijo de su prodigiosa imaginación, y dista tanto de la verdadera realidad, como él dista de todos los poetas.

¿En qué consiste que los héroes antiguos aparecen mas grandes, mas titánicos y caracterizados que los modernos? En que á aquellos les bastaba una *calidad*, y estos necesitan, no solo cualidades, sino infinidad de *circunstancias* para ser reputados tales. Al hombre antiguo las meras dotes físicas solían conquistarle el título de héroe. Levantaba treinta arrobas de peso, corría mas que los demás, dirigía bien un carro, vencía á puñetazos á los mas fuertes, y esto le sobraba para alcanzar la corona del héroe y para ver su nombre ensalzado é inmortalizado por los sublimes versos de Píndaro. Rusel, el famoso hombre-cañon, Frank-Pastor, Mariani el gimnasta, Genaro el andarín, hubieran sido grandes héroes con haber nacido en otros tiempos. Milton de Crotona, Hércules y otros hoy serían una curiosidad, ó mozos de cordel, ó aguadores tal vez. Segun son los tiempos, así son los hombres. Hombres hay hoy día entre nuestros campesinos que luchan cuerpo á cuerpo con un oso, que son los primeros tiradores de barra en su provincia, que levantan enormes ruedas de molino, que á todos vencen á pulso, que andan leguas como pasos, con otras cosas parecidas. Estos son héroes antiguos; pero en nuestra sociedad son plantas exóticas que viven ignorados.

Plantemos de patas en nuestra sociedad los personajes de la *Iliada*; ¿qué serían en ella? Aquiles un militar valiente, algo discolorado y camorrista; Ulises, un intriguante astuto y audaz, hubiera figurado en política; Diómedes un revoltoso revolucionario, despreocupado, matasiete y grosero con las damas, como lo fué con la hermosa Vénus.

Pero dejemos á la antigüedad dormir bajo la tierra, y ocupémonos de la edad que está de pié y de los hombres que respiran y comen.

Todos los pueblos tienen sus héroes y sus epopeyas. Veamos cuál es la colección, ó digamos *Iliada*, de héroes actuales.

Nunca ha sido mas difícil ser héroe que en el día de hoy: para serlo se necesitan, como he dicho, un conjunto de circunstancias que son las que elevan sobre los demás. Hay hombres que forman un siglo: en general, y hoy mas que nunca, el siglo forma á los hombres.

El Aquiles moderno ha de ser rico, joven, noble, buen mozo, esbelto, galante, esmerado en su persona. Si sabe hablar francés, inglés, alemán ó italiano; si canta, toca, baila, monta á caballo y tiene algo de poeta; si se ha educado en Inglaterra; si ha recorrido toda Europa; si ha tenido desafíos á todas las armas, si es algo calavera y en ocasiones trueno; si juega y es un tanto derrochador y generoso, si alguna mujer se ha tirado por él al río; si en lances es valiente, en orgías disipado y en salones galante; si tiene algunas rarezas y algun misterio en su vida; si estas y otras cosas buenas y malas de su tiempo se reúnen en él, es un héroe. Unos le temen, otros le envidian, muchos le admiran, todos le dan tributo. Las damas le ven y piensan en él, y de pensar pasan á soñar, y de soñar á enamorarse, y de aquí á hacer locuras por su amor. Los señores mayores le cri-

tican, las mamás le llaman inmoral y le temen. Pero él, vituperado por unos, ensalzado por otros, todo lo vence, todo lo avasalla, todo lo conmueve. ¿Porqué? Porque es el héroe que reúne en sí todas las prendas buenas y vituperables de la época; porque nuevo Aquiles, con una mirada hace temblar á mil adversarios, con una palabra conquista cien Troyas, con su presencia derriba á cualquier Héctor que le haga frente; porque como el héroe antiguo defendía sus actos con su escudo y daba sus razones con la punta de su lanza, él obra protegido por su valor, y emprende todo con el arma de sus encantos.

Otro héroe moderno de gran poder é influjo es el banquero. Ajax firme, osado, que nada teme, que á todo hace frente y en cualquier lado que esté decide la suerte en su favor. Sus jugadas hacen subir ó bajar la Bolsa, y la conmueven hasta sus cimientos: emprende negocios, y sus millones todo lo arreglan; se lanza á la política, y su influencia pesa mas que la de veinte; entra en amores, y cada mirada suya petrifica, hiela á mil rivales, ablanda y derrite el corazón mas inexpugnable. Verdadero César, puede exclamar: *veni, vidi, vici*, y si es vencido se retira lentamente como el *inmortal* asno de que habla Homero. Sus carruajes son los mas lujosos, sus casas son palacios, sus comidas banquetes, sus... ¿para qué decir mas? Baste decir que, adulado por *ellas* y buscado por *ellas*, derriba cuanto halla delante, atrae cuanto va detrás, y es verdadero, legítimo héroe, porque hoy el primer heroísmo es tener dinero.

Ajax, al emprender un combate, diría blandiendo su javalina: con esta lucharé: un banquero señalando á una talega: con esta venceré.

Josué derribó los muros de Jericó al son de sus trompetas; una legión de banqueros haría milagros como este al ruido de sus millones.

Otro héroe es hoy el diplomático. Este es audaz para sostener los derechos de su patria, elocuente, astuto para los negocios. Sus viajes le han dado un tinte particular y con él sobresale y se distingue por sus finos modales, por su instrucción y por su conversación agradable, divertida é instructiva. Si en todas las capitales ha hecho un papel notable, en su patria es un personaje.

Ulises es el prototipo del carácter griego; el diplomático del de las naciones modernas; diestro, ingenioso, hipócrita en ocasiones para conseguir sus fines, hombre cosmopolita que se acomoda á todos los pueblos y costumbres, héroe elástico como el siglo.

El diplomático que después de años de ausencia vuelve á su Itaca célebre por su valor en los debates y mas aun por su sabiduría en los consejos, ¿no es un legítimo héroe?

Héroe es el escritor que como crítico crea la reputación de autores y artistas, que es algo satírico, insolente si se quiere, y la pesadilla de todo principiante.

Héroe es el poeta que ha obtenido repetidos triunfos en el teatro, que ha escrito poemas y novelas, que es algo misántropo, que ha sido calumniado por unos, puesto en las nubes por otros, que ha tenido alguna Laura, Leonor ó Beatriz loca de amor por él, que honra un album con solo poner su firma, que en sus versos habla de corazón desgarrado, de alma desierta, y cosas tales, que muchos llegan á sospechar que es otra casta de pájaro que los hombres, y á dudar si los poetas son de carne y hueso como cada hijo de vecino.

Héroe es el periodista osado que dice lo que nadie se atreve á decir, que es arrojado para atacar, diestro para defender, que hace temer sus artículos ó buscar el apoyo de su pluma.

Héroe es el hombre político que dirige gran parte de la opinión pública, que pronuncia discursos violentos, que habla de libertad, de legalidad, de abusos; que hace de los *principios* una *sopa* revuelta, que dice siempre que los pueblos están oprimidos, que solo abre su boca para llevar la contraria. Este es temido por varios, admirado por muchos que oyen sus palabras sin ver su intención: llegará á ministro, subirá, no importa cómo, pasará á la historia. El día que él habla se llenan las tribunas; si sale ó llega á Madrid, todos los periódicos lo anuncian á porfía.

Héroe es el autor de un libro, sobre todo si en él habla de política. Puede escribir cuantas mentiras se le antoje, pero como logre que se diga, tal cosa es verdad porque lo dice Fulano, capítulo tal, página tanta de su obra esta ó aquella, es héroe y no pequeño.

El militar valiente en el combate, afortunado en amores, gran tirador de armas, soberbio jinete, entendido en su profesión, que lleva largos bigotes, que mira con cierto atrevimiento, que se hace necesitar para empresas atrevidas, es un héroe que llegará á general, y de general Dios sabe á qué.

También tiene sus heroínas el siglo XIX. No se crea que pasaron las Elenas, Clitemnestras y Andrómacas, las Cleopatras y Lucrecias; las hay que valen tanto como aquellas, pero el siglo las hace diferentes. Mas claro, son las mismas viviendo de distinto modo, y usando miñaque y sombrero.

La heroína moderna es mujer radiante de hermosura y juventud, elegante y opulenta. Estrena vestido cada dos días, es el blanco de todas las miradas en un teatro, el adorno de un paseo, la joya de un salon; su peinado, su traje, todo en ella, hasta sus caprichos, tiene la sanción pública. Habla idiomas, pinta, borda, toca el piano y sabe un poco de todo; se acuesta á las tres, cuando las estrellas velan en el cielo y los hombres duermen en la tierra, y se levanta á la misma hora, pero con el sol. Si va á un baile, todos preguntan después: ¿cómo iba Fulana? si no va, todos dicen: estaba bueno aquello... pero faltaba Fulana.

Esta heroína, con la conciencia de su mérito, tiene mucho de orgullosa y no poco de coqueta, pero coqueta á su manera. Con una mirada hace feliz ó desespera á un hombre. Es un planeta rodeado siempre de satélites. ¡Qué no harían los hombres por ella! ¡Qué no darían las mujeres por ser ella! Una dama como esta no conoce rival; con presentarse, vence; con solo mirar, conquista. Admirada, ensalzada, adorada, aunque tambien odiada, como todo el que vale algo, su paso por la tierra es un perpétuo triunfo.

Tal es la heroína actual, á quien no basta, como á la antigua, ser virtuosa, tierna, esforzada ó hermosa: hermosas ha habido, hay y habrá en todos tiempos; es heroína porque reúne todas las cualidades y frivolidades de su época, y es la personificación de esta en su modo de vestir, de obrar y de pensar.

En suma, la edad presente tiene héroes, y no pocos; pero estos han de ser reflejos de la sociedad actual, y como esta es minuciosa y *poliforme*, no pueden presentar grandes rasgos característicos; los mínimos detalles que requirieren, las múltiples circunstancias que necesitan, hacen que su grandeza consista en sus pequeñeces.

Se dirá que no hay héroes tan valientes como los de la antigüedad; el valor siempre es el mismo; pero hoy mil Alejandros y Césares perecen destrozados por la bala de un cañon rayado, contra la que no hay escudos ni valor que sirvan. ¡Cuántas proezas no hacen los modernos soldados! Pero el ruido del cañon apaga sus voces, el humo envuelve sus actos, el plan estratégico detiene como una muralla insuperable el valor del mas intrépido. Hoy el hombre no se mide por su valor, sino por su valer.

Aun tomando por héroe solo al hombre de las batallas, ahí está Napoleon I, que con la realidad de sus hechos inclina de su lado la balanza de los grandes hombres, aunque estos echen en su platillo todo el peso de sus mitos y tradiciones.

Dígase lo que se quiera, la *Iliada* moderna cuenta con muchos mas héroes que la del valle de Smirna. Hay mas variedad en los tipos, mas minuciosidad en los actos, esta es la única diferencia.

Creen algunos que el héroe es un ser perfecto; es un error: el héroe es la esponja que absorbe todo lo bueno y malo de su tiempo. Todos los héroes han tenido vicios, los del día los tienen, porque toda sociedad los tiene.

Hay una Elena por la cual los héroes hoy luchan sin cesar, que los anima al combate: es *el interés*. Hay una cumbre mas alta que el pico de Himalaya: esta cumbre es *el poder*; allí está la Ilion, bajo cuyos muros combaten unos para defenderla, otros para conquistarla. La causa será poco noble si se quiere, pero ello es que los hombres despliegan todo el moderno heroísmo para alcanzar el triunfo.

Hay en el día multitud de héroes, pero no puede encontrarse el vate que cante su epopeya, porque no bastarian tomos para los infinitos detalles, ni inspiración para referir la diversidad de acciones, ni palabras para expresar tantas cosas, ni entendimiento capaz de estudiar tantos caracteres, ni pluma para escribir tantos renglones, ni lectores pacientes para leer tan vasta obra, cuando á los míos los spongo ya cansados de leer este ligero y mal perjeñado articulillo.

JOSÉ ALCALÁ GALIANO.

Las despedidas.

Las despedidas pueden constituir uno de los actos mas tristes ó mas alegres de la existencia. Si os separais de una persona querida, de una persona con quien os han unido vínculos de afección mas ó menos fuertes, el momento en que la dirigís la última de vuestras palabras ó la postrera de vuestras sonrisas es sumamente doloroso y os sumerge en honda melancolía el corazón. Si por el contrario, os apartais de un ser que ninguna simpatía despertó en vuestra alma y con quien ningun lazo de cariño os estrecha, la despedida es fría y muda, llegando á convertirse en un verdadero placer si por casualidad aborreceis con motivo á la persona que se despide.

Pero casi siempre es triste una despedida. Triste y muy triste es para una madre dar el último adiós al hijo de sus entrañas, cuyos primeros pasos en la vida fueron por ella vigilados, cuyas primeras emociones fueron por ella advertidas, cuyos primeros dolores cicatrizó con el bálsamo de sus besos, cuyas primeras alegrías endulzó tambien ella con sus maternales halagos.

¡Adiós, hijo mio! dice la tierna madre que ve perderse en lontananza el carruaje que le conduce; ¡adiós! le grita agitando su pañuelo bañado en lágrimas; y en ese postrer adiós se encierran todos sus temores, todas sus penas y su amor infinito. Y llora porque su hijo se ausenta para penetrar solo en el mundo que tantos escollos encubre, para presentarse solo en la sociedad que tantos inocentes sacrifica; y teme que aquel por ella educado con tantos desvelos y tan prolíjas atenciones se vea en ajena casa maltratado, y un momento de extravío ó una hora de desgracia malogren la obra de muchos años y pierdan para siempre el amado de su alma.

La despedida de un esposo ofrece ya caracteres mas varios, porque el amor conyugal tiene desgraciadamente intermitencias, resfriamientos y crisis que nunca ó rara vez se notan en el paternal cariño.

Si la esposa es buena, fiel y amante de su marido, la despedida puede ser triste, porque la mujer además de la soledad en que se queda, sentirá los contratiempos de

viaje que pueden ocurrir á su consorte, y padecerá los tormentos de esa cruel incertidumbre que acompaña á toda despedida y que nos hace prorrumpir en esta exclamación: «¿Volveré ó no á estrecharle entre mis brazos?»

Si la esposa no tiene á su marido un amor verdadero ó desea para sus fines particulares verle lejos de casa, la despedida entonces podrá á la vista ser muy tierna; pero en realidad es para la dama una muy alegre separación.

Para los maridos no pueden las despedidas ser tan gratas en ningún caso. El demonio de los celos se encuentra siempre en el estribo del coche para decir al marido viajero: «Te separas de esa débil mujer que se unió á tí para no cruzar sola el áspero sendero de la vida, te vas y la dejas en ese océano de la sociedad donde tantos tiburones se ocultan. Te marchas, incauto marido, no vas á la guerra, pero sin embargo acuérdate de Mumbri»

Y tantos otros que vivieron antes.»

Y el pobre marido se despide con la duda en el alma y un estremecimiento nervioso en el cuerpo.

La despedida de amigos es un acto que tiene pocos incidentes. Suelen reirse el que se va y los que se quedan, hay un sencillito apretón de manos y muchas promesas de escribirse. Luego la pereza ó el olvido se encargan de aborrazar sellos y obleas, evitando las cartas.

Las despedidas de mujeres llevan impreso el carácter del sexo en todo. Hay por supuesto abundantes lágrimas, besos atutiplen, abrazos y mimos hasta la exageración, cumplimientos y sonrisas hasta el mareo, y hay sobre todo idas y venidas, vueltas y revueltas para buscar un adorno olvidado, una caja, un cofrecito, un pañuelo, un alfiler, etc., etc.

Además de las despedidas de viaje las hay de otros mil géneros que no dejan de ser curiosos é interesantes. Hay las despedidas de los enamorados despues de una entrevista, las de un baile ó una tertulia, la de dos amigos que riñen, la despedida de un duelo; pero las mas notables sin duda alguna son la despedida de los empleados por el gobierno y la de los criados por sus señores.

Los enamorados, por muy fácil que parezca una despedida, no aciertan á despedirse, intentan muchas veces decir la última palabra, y nunca se acaba el hilo de su conversacion. Una tiernísima mirada ó un beso ya enviado, ya esculpido, suele ser la verdadera despedida.

La despedida en los bailes se distingue por una danza mas animada que las anteriores y que suele ser en nuestros salones la *galop*, nombre que lo expresa todo. En los teatros, las bailarinas se despiden con una posicion mas académica y una exhibicion mas franca de la pantorrilla.

En las tertulias se despiden las mujeres pasando revista á todas las compañeras del círculo, y estampando besos á derecha é izquierda.

Dos amigos que riñen se dan una despedida trágica diciéndose: «Hasta el valle de Josafat; no vuelva Vd. á hablarme en su vida.»

El duelo se despide en la iglesia desde que la civilización se opuso á que en la casa mortuoria se viesen cuadros patéticos ó escenas ridículas. La despedida de un duelo tiene que ser siempre insulsa y desagradable; hasta ahora no se ha inventado una frase que destierre la vulgar y repetida de: «Salud para encomendar á Dios al difunto.» No es tampoco la situación propicia para inventar frases.

La despedida de los empleados por el gobierno es una fatal despedida que se conoce con el elegante nombre de *jubilacion*, como si el momento fuese para júbilo. También se le da el título de *cesantía*, que es muy significativo, porque equivale á decir: «Desde hoy *cesa* Vd. de cobrar la nómina y *cesa* Vd. por lo tanto de comer, *cesa* Vd. de vestir y *cesa* Vd. de reirse hasta nueva orden.» Esta clase de despedida se hace siempre por escrito y aun se imprime en la *Gaceta* por si el paciente no se diese por entendido; pero es una despedida que reboza finura y atención por parte del gobierno, pues concluye diciendo: «Dios guarde á Vd. ó á V. S. muchos años, y se le agradecen sus servicios.» ¡Lindo está el agradecimiento!

La despedida de los criados es también una jubilación ó *cesantía* con que el amo obsequia á aquellos. Esta clase de despedidas es la mas frecuente en los tiempos que corren; los criados se mudan ya por semanas; unas veces por su culpa, otras por culpa de los señores. Unos y otros se despiden renegando recíprocamente de sus personas y maldiciendo, los criados el día en que entraron en la casa, y los amos el día en que los recibieron entre su familia.

La despedida del marino que va a soportar largos dias de navegacion, la del soldado que marcha á exponer su vida en una guerra, la del viajero, que como Colón se dirige á remotas y desconocidas regiones, todas son despedidas tristes, misteriosas y llenas de sublimidad y melancolía, cantadas generalmente por los poetas y bendecidas con religiosidad por todos los labios.

La despedida á la patria que da el desterrado es también sentimental y desconsoladora en extremo. El infeliz se aleja del suelo en que aprendió cuando niño á fijar su planta vacilante, se aleja del dulce hogar en que tantas horas felices pasó al lado de su familia, pierde de vista el hermoso cielo donde tantas veces clavó sus miradas para bendecir un sol puro y resplandeciente, y al abandonar tan caros y preciosos objetos, tropieza con extraños semblantes, oye un acento que no comprende y cuya armonía no le halaga porque no es aquel con que le arrullaron en la cuna; se ve en fin rodeado de perso-

nas indiferentes para las cuales es un desconocido, un extranjero, no un amigo ni un hermano, no un compatriota. Dolorosa es la despedida á la patria; el recuerdo de esta arranca lágrimas á lo mismo á Ovidio en el Ponto, que á Espronceda en las orillas del Támesis.

Pero la mas lúgubre despedida, la mas verdadera y la mas terrible es la del moribundo. Nuestra pluma se resiste á pintar cuadros dolorosos; pero ¿quién no ha deramado copiosas lágrimas á la cabecera de una madre, de un padre, de una esposa ó de un amigo querido? ¡Qué instante mas solemne y mas amargo aquel en que nuestra madre moribunda tendia hácia nosotros sus amorosos brazos y nos enviaba el último adiós con la voz ya por el pesar debilitada y con la luz de sus ojos casi extinguida por la muerte! Despedidas tan crueles como estas no se olvidan jamás, y su recuerdo nos es cada vez mas vivo y mas penoso!

Como contrasté á estas tristes despedidas, podemos mencionar otras alegres y placenteras, que lejos de temerse son esperadas con ansiedad. Una es la despedida que el preso da á la cárcel, donde largos meses y quizá años estuvo sufriendo pesares infinitos. El pobre prisionero sale siempre riendo, cantando, y le falta tiempo para huir del calabozo al cual suele echar maldiciones, y cuyas negras paredes no desea volver á visitar, ni por cumplimiento.

Casi puede compararse con esta despedida la del colegial que abandona lleno de regocijo la casa donde recibió su instruccion, pero donde también recibió bofetadas y pasó no pocos ahogos y privaciones. El día de su salida del colegio es para los estudiantes tan célebre como para los mahometanos el de la *Egira* de Mahoma.

La despedida del soldado que ha cumplido y toma la absoluta es otra de las mas regocijadas que se ven en la vida. Los licenciados se engalanan con cintas y escarapelas, y dejan con un palmo de narices á las doce ó veinte novias que tenían, para buscar el camino de sus tierras y casarse con una paisana.

¡La del humo! Esta es la frase empleada por todos los que se despiden de una persona ó lugar cuya vista no fué de su agrado. El ¡adiós! es la mas tierna expresion de la despedida. El *agur* ó *abur* se ha puesto en moda en nuestro siglo.

Yo me despido de mis lectores diciendo como el don Timoteo de la Marcela:

Con que agur, hasta la vista,
Hasta despues, hasta luego.

V. MARTINEZ MULLER.

Revista de París.

Por fin apareció el *Tannhauser*, el famoso *Tannhauser* ensalzado con entusiasmo, censurado con no menos furor antes de tiempo; esa producción musical que tiene á la Alemania dividida en dos campos rivales que disputan, se insultan y combaten encarnizadamente. Por fortuna el alemán es flemático en extremo, y es de esperar que en la lucha á que se entrega con tanto ardor, no apelará jamás á otras armas que á las de las palabras mas ó menos corteses. En Francia no habremos de temer ni siquiera esta lucha pacífica, pues la opinión casi por unanimidad se ha declarado contraria á la música de M. Wagner.

No es nuestro ánimo analizar detenidamente la ópera que acaba de ponerse en escena; sin embargo, antes de dejar consignado aquí el parecer de la mayor parte de las personas que asistieron á la primera representación, diremos con brevedad cuál es su argumento.

Una diosa de los placeres profanos seduce con sus hechizos á un jóven que pasa todo un invierno á su lado embriagado en los amores impuros. La primavera con su tibia brisa, con sus flores y su verdura renaciente, recuerda al *Tannhauser* su patria y un primer amor, suave y delicioso como todos los afectos juveniles. Avergonzado de su desvarío, huye de la diosa irritada, y corre al Wartburg donde está su adorada Elisabeth que le ama con delirio.

Pero el recuerdo de los gozos culpables en el retiro misterioso donde ha pasado oculto el invierno, turba la serena felicidad que reina en casa del landgrave Hermann, el padre de su prometida, y esta memoria fatal le vende y le descubre. Al oír sus acentos extraviados, Elisabeth huye con horror del hombre á quien tanto queria.

El desgraciado quiere expiar su culpa con la penitencia; pero no hay remedio para él: el sacerdote le anatematiza y le dice que debe cerrar para siempre su corazón á las celestes esperanzas.

Tannhauser sale del templo desesperado, y corre á morir al Wartburg al lado de Elisabeth, que ya le ha precedido al sepulcro.

A esto se reduce el argumento, y hé aquí ya un primer motivo de disgusto para el público parisiense, acostumbrado por M. Scribe y sus imitadores á encontrar bajo las inspiraciones del compositor una acción de drama ó de comedia. Efectivamente, la obra de M. Wagner (pues él es también autor del libreto) se halla desprovista de interés, de vida, de contrastes y de peripecias; es mas bien un argumento de baile que de ópera, tal como en París se comprende.

Sobre esta fábula el maestro alemán ha compuesto una partitura que es una serie apenas interrumpida de piezas concertantes que dura cinco horas. ¡Qué paciencia para llegar al fin! Esa sinfonía de voces continuada, sin que se destaque de ella á herir el oído una sola melodía, se hace insostenible al cabo de poco tiempo; y así sucedió que en la primera noche, á pesar de la presencia del emperador, á pesar de que el tea-

tro contenía lo mas escogido de la sociedad parisiense, y en fin, contra la decorosa costumbre que existe en París de no manifestar nunca el desagrado con demostraciones turbulentas, una gran parte del público prorrumpió en silbidos que se repitieron con mas ó menos fuerza hasta la conclusion de la ópera. La prueba, podemos asegurarlo, ha salido mal, y será decisiva. Quizá se dirá que los espectadores estaban prevenidos en contra de M. Wagner; pero no es así, pues las pocas piezas que resaltan en ese fondo de uniforme armonía, como la bacanal del primer acto, la entrada de los caballeros en el salon de los cantantes en el Wartburg, y un magnífico sexteto que finaliza el segundo cuadro, obtuvieron un aplauso unánime.

La ejecución mediana; buena en las masas corales y en la orquesta, y bastante débil por parte de los cantantes principales. Las decoraciones, diríamos asombrosas, si pudiera asombrarnos ya ningún lujo escénico en este gran teatro.

Dícese que los hombres inteligentes no ignoraban el mal éxito que había de obtener aquí esta producción exótica; pero se añade que su representación ha tenido lugar gracias á la influencia de una señora austriaca de las mas encumbradas del cuerpo diplomático. Esto ha dado margen para decir á un hombre de agudo talento y cansado como todo el mundo con las cinco horas de música:

— Ha sido una terrible «revancha» de Solferino.

Entre las diversas exigencias que ha tenido el autor del *Tannhauser* con el empresario de la Ópera, quien, sea dicho entre paréntesis, ha sacrificado 250,000 fr. á la influencia austriaca, una de ellas ha sido la de la supresión de la *claque*, esa turba asalariada que, excepto el Italiano, emplean todos los teatros de París para aplaudir en los pasos que señalan los autores ó los artistas. En ningún país del mundo se conoce esta inmundicia institución inventada en Francia para desdoro de las personas y del arte. Así ha sido bien fácil esta burla, de la que se ha hablado mucho esta semana entre la gente de bastidores.

Un alemán acaudalado y partidario acérrimo de M. Wagner había venido á París con el objeto de presenciar el efecto de *Tannhauser*.

Mientras llegaba la noche de su representación, nuestro hombre que frecuentaba los teatros, distinguió en uno de ellos una jóven y hermosa actriz, que aunque la cosa pareciera inverosímil, pasa por ser insensible á los obsequios de sus admiradores.

El alemán sin embargo se declaró redondamente á ella, y la pidió por primer favor que le tomara un abono para contemplarla todas las noches.

— Usted conoce los usos y costumbres del teatro, la dijo; élíjame Vd. un puesto y yo prometo hacer una prueba: la de ocuparle y aplaudir á Vd. sin que falte una vez durante todo un año.

La cómica tuvo una idea luminosa.

— Corriente, respondió, mañana sin falta tendrá Vd. en su casa el abono.

Con efecto, en la noche del siguiente día, el amigo de M. Wagner se dirigía al teatro con su papeleta de abono en el bolsillo.

Bajo el peristilo un hombre se acerca á él y le dice con mucha urbanidad:

— ¿Es Vd. M. X...?

— Sí, señor.

— Pues tenga Vd. la bondad de seguirme.

El guía le introduce en la sala medio vacía aun, y le señala una luneta en el centro del patio, debajo de la araña, donde asiste á la representación de la comedia.

— ¿Qué tal, amigo mio? le preguntó la actriz cuando le vió en su casa al otro día: ¿ha estado Vd. contento?

— No; el puesto que me ha elegido Vd. no me gusta.

— ¿Pues qué tiene?

— Primeramente está un poco lejos del escenario; y despues...

— ¿Qué?

— Los vecinos no me agradan.

— Sin embargo, esos señores son tan entusiastas como puede serlo Vd., y la prueba es que aplauden mucho; nada bueno se les escapa.

— Pues justamente por eso me incomodan.

— ¿No quiere Vd. que aplaudan?

— Sí, pero no de esa manera; me dejan sordo y no oigo una palabra.

— Amigo mio, todos ellos son fanáticos por el arte; no lo extrañe Vd. Lo que ha de hacer Vd. es imitarlos, y en breve estará Vd. contento en su compañía, que es muy honrosa.

El alemán sufrió unas cuantas noches aquellas tempestades de palmadas, y hasta sucedió lo que había dicho la actriz, acabó por contagiarse y aplaudía con el fervor, no de un bisoño, sino de un veterano de la *claque*.

Pero hé aquí que paseándose una vez por los corredores en un entreacto, encuentra á uno de sus amigos y le saluda.

El amigo se aleja sin contestar como si no le hubiese reconocido. Ve á otro y se repite la misma escena.

— ¿Qué es esto? se pregunta el alemán con estupor. Aquí hay algún misterio que quiero aclarar al punto.

Y dirigiéndose al hombre que huye de él, le pide explicaciones.

— ¡Usted no sabe lo que está haciendo! exclama este sintiendo en explicarse.

— ¿Qué quiere Vd. decir?

— ¿Ha perdido Vd. toda su fortuna para introducirse todas las noches en la *claque*, ó bien es una apuesta?

El alemán se quedó como quien ve visiones; enterado del asunto, conoció que había sido juguete de la cómica, y tomó el partido de reirse, que era lo único que podía hacer en semejante caso.

En lo que llevamos de año apenas pasa semana sin que tengamos que consagrar algún párrafo á la necrología. Hoy se trata de M. Niedermayer, un músico de talento y de poca fortuna.

Niedermayer había nacido en Ginebra en 1803, y su padre, profesor de música, le dió las primeras lecciones; muy joven aun, marchó á Nápoles, donde acabó sus estudios y dió á luz su primera ópera: *Il reo per amore*.

Hasta 1826 permaneció en Nápoles, y luego vino á Paris, dándose á conocer aquí con otra ópera representada en el Teatro Italiano, gracias á la proteccion de Rossini. El éxito no fué muy grande. Niedermayer, hombre modesto en sus gustos y poco amante de gloria, se retiró á Bruselas en 1833, y entró de profesor de música en un colegio.

No obstante, continuó componiendo, y dos años despues dió á la Opera *Stradella*, que es su produccion mas estimada.

Nueve años pasó sin producir otra cosa; pero al cabo en 1844 se representó otra partitura suya titulada *Maria Estuarda*, obra de pocas pretensiones y que cayó en el olvido prontamente.

Por último, en 1853 se ejecutó en el mismo teatro la *Fronde*, que acusa en el autor mejor desesion de ideas y un trabajo de instrumentacion mas esmerado.

Niedermayer ha escrito además una misa que se ejecuta á menudo en Paris, y varias melodías, entre las cuales hay algunas que han llegado á ser populares.

El gran tenor francés M. Duprez, que durante cierto número de años ha sido la gloria principal del teatro de la Grande Opera, se dedica á enseñar el canto, y tiene en su casa un elegante teatrillo en el que suele dar funciones escogidas. En esta escena privada han salido á luz varios de los jóvenes artistas que figuran con honor en los teatros de la capital, y siempre que M. Duprez convida á sus amigos á pasar la noche en sus salones, se



RICARDO WAGNER, AUTOR DEL TANNHAUSER.

puede estar seguro de oír cantar durante un par de horas como solo cantan los alumnos que se han formado en esa incomparable escuela.

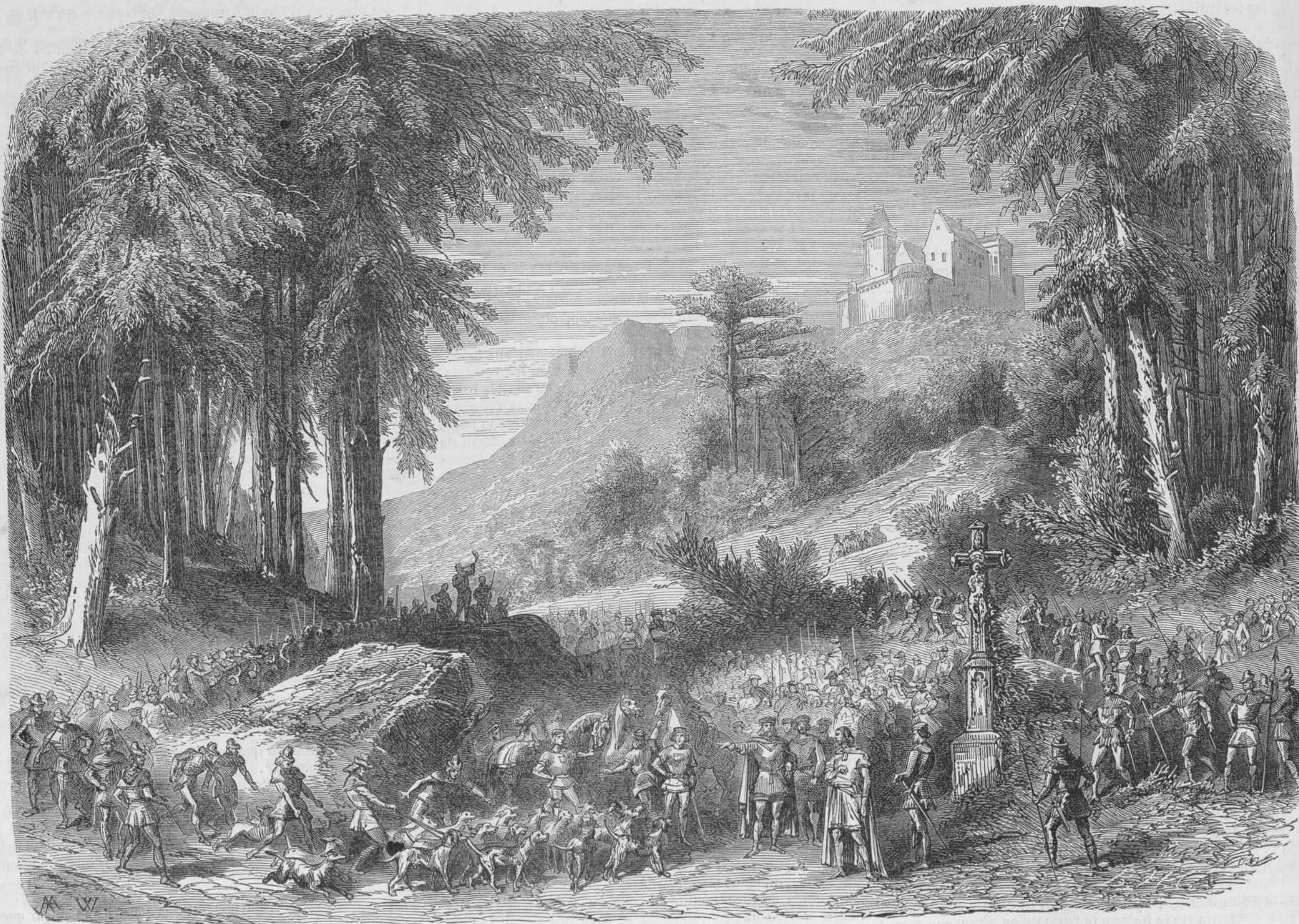
En la última semana Duprez ha dado una de estas fiestas al maestro de los maestros, al inmortal Rossini. El programa era el siguiente: Madama Vendenhovel con su hermano (hijos de M. Duprez) cantaron el duo de la *Cenerentola*. Mlle Brunetti que acaba de obtener un brillante triunfo en Berlin, ejecutó en italiano con el mismo M. Duprez el cuarto acto de la *Traviata*. Mlle Godfrend con su poderosa voz de contralto interpretó el aria de Arsace de *Semiramide*; y por último, el maestro cantó con las tres señoras indicadas un cuarteto bufo compuesto por él y titulado las *Tres Estrellas*.

Antes de esta pieza M. Duprez salió á decir que queria mostrar á sus amigos un fenómeno italiano.

Y en efecto, un instante despues apareció en las tablas un joven guiado por un caballero, se oyó un sonido como de un flautin, y al cabo se vino á conocer el aria de Rosina en el *Barbero de Sevilla*. Al pronto no se sabia qué pensar sobre el fenómeno que tenia toda la traza de ser una burla; pero unas variaciones muy difíciles que tocó sobre el *Carnaval de Venecia* decidieron al público, y el aplauso fué general en la concurrencia.

El instrumento era un mal silbato con tres agujerillos, y el artista es un piemontés, Giuseppe Picco, ciego de nacimiento, pero predestinado á la música, que ha aprendido solo, así como él solo ha fabricado el instrumento del que saca un partido increíble. — Picco viene de Inglaterra donde ha hecho furor, y piensa dar un concierto en Paris, donde sin duda no le faltará gente.

MARIANO URRABIETA.



TEATRO DE LA ACADEMIA IMPERIAL DE MÚSICA. — TANNHAUSER, 1^{er} ACTO, ESCENA 2^a; DECORACION DE M. DESPLECHIN.

Sucesos de Varsovia.

EL CONDE ANDRES ZAMOISKI.

El 27 de febrero han tenido lugar en Varsovia algunos desórdenes con motivo del aniversario de la batalla perdida por los polacos en 1831; las tropas rusas intervinieron en la lucha, y varios de los agitadores fueron muertos ó heridos. El sábado 2 de marzo se enterraron las víctimas, y hubo nuevos desórdenes. Los habitantes de Varsovia dirigieron en consecuencia de esto al emperador Alejandro el siguiente mensaje, que fué firmado el primer día por diez mil personas, á cuyo frente figuran el arzobispo y casi todos los funcionarios polacos.

« Señor:

» Los dolorosos sucesos que acaban de tener lugar en Varsovia, la larga irritación que ha precedido á ellos y el profundo sentimiento de tristeza que ha penetrado en todos los espíritus, nos conducen á poner la presente representación á los piés de Vuestra Majestad, en nombre de todo el país, esperando que vuestro noble corazón escuchará la voz de una nación infortunada.

» Estos sucesos, cuyas escenas desgarradoras nos abstenemos de describir, no han sido provocados de ninguna manera por las pasiones subversivas de una clase de la población, sino que son al contrario la manifestación unánime y elocuente de sentimientos reconcentrados y de necesidades desconocidas. Nuestra nación, que durante siglos había estado regida por instituciones liberales, sufre desde hace mas de sesenta años los mas crueles padecimientos; privada



EL CONDE ANDRÉS ZAMOISKI, presidente de la sociedad agronómica de Varsovia.

de todo órgano legal para hacer llegar al trono sus lamentos y la expresión de sus necesidades, se halla forzosamente reducida á no hacer oír su voz sino por el grito de los mártires que ofrece diariamente en holocausto.

» En el fondo del alma de cada polaco arde un sentimiento indestructible de nacionalidad: este sentimiento resiste al tiempo y á todas las pruebas; la desgracia, lejos de debilitarlo, no ha hecho mas que fortificarlo; todo lo que le hiere y amenaza perturba é inquieta los espíritus.

» Por eso ha cesado toda confianza entre gobernantes y gobernados. Los medios represivos no podrian hacerla renacer, cualesquiera que sean su violencia y duracion. Un país que en otro tiempo se halló al nivel de la civilización de sus vecinos de Occidente no podria además desarrollarse moral ni materialmente, interin su Iglesia, su legislación, su instrucción pública y toda su organización social no lleven impreso el sello de su genio nacional y de sus tradiciones históricas.

» Las aspiraciones de nuestra nación son tanto mas ardientes, cuanto que sola hoy en la gran familia europea carece de esas condiciones absolutas de existencia, sin las cuales no podria una sociedad cumplir su misión en la carrera que le ha trazado la Providencia.

» Al poner á los piés del trono la expresión de nuestro dolor y fervientes deseos, confiados en la alta equidad y justicia de Vuestra Majestad, osamos, Señor, apelar á vuestra magnanimidad.

» De Vuestra Majestad imperial y real los fieles súbditos. »

(Siguen las firmas).



LA PLAZA DEL MERCADO VIEJO EN VARSOVIA.

El emperador ha considerado como nula esta manifestación, si bien ha prometido algunas reformas.

El conde Andrés Zamoiski, cuyo retrato damos, ha representado un gran papel, aunque esencialmente moderador, en los asuntos de Varsovia. Pertenece á una familia noble que ha suministrado á la Polonia muchas ilustraciones. El conde Andrés combatió durante la revolución de 1830 con todos sus hermanos, y goza en todo el reino de una grande y legítima popularidad. Desde hace treinta años consagra su vida á mejorar la situación material de sus compatriotas: ha organizado los servicios de los vapores sobre el Vístula, constituido el crédito territorial y fundado el *Anuario agronómico*, revista periódica. El fué quien despues de la promesa de la emancipación de los siervos, solicitó y obtuvo del emperador Alejandro el permiso competente para fundar la *Sociedad agronómica* que en los últimos días de febrero declaró espontáneamente que las tierras cultivadas por los aldeanos para el sostenimiento de sus familias, les serian acordadas en toda propiedad. Esta Sociedad comprende mas de 4,600 miembros, es decir, todos los hacendados del reino de Polonia, y es su presidente el conde Zamoiski. El conde Andrés, que es como le llaman en Polonia, con su conducta tan moderada como firme, ha hecho un gran servicio á sus compatriotas, así como también á la Rusia, en los últimos sucesos. Su patriotismo ilustrado ha preservado á Varsovia de las mayores desgracias, calmando los ánimos exaltados é interponiéndose cerca de la autoridad, en favor de sus compatriotas.

J. V.

UNA HISTORIA INGLESA.

SEGUNDA PARTE.

(Continuación.)

— Entiendo, exclamó el mayor con los ojos radiantes de entusiasmo; deseais fundar una familia. Así será; nos estableceremos en Beechwood-Hall, y las generaciones futuras aprenderán á honrar vuestro nombre... nuestro nombre.

— Hijo mio, no hay mas que un nombre que sea verdaderamente digno de ser honrado; el nombre de Aquel en quien todas las generaciones de la tierra son bendecidas; y solo en vista de esta bendición deseo yo fundar una familia.

John hablaba con un tono solemne, y todos escuchábamos con el mayor silencio.

— Creo, continuó, que con la bendición del Señor se le puede servir lo mismo en la riqueza que en la pobreza, lo mismo en un palacio suntuoso que en una humilde choza. No temería ser aun mas rico de lo que soy, ni llegar á ser uno de los grandes de la tierra, si era ese mi destino.

— Quizá... ¿quién sabe? dijo Ursula.

John vió la mirada de su mujer y se sonrió.

— Querida mia, salió muy bien tu vaticinio de que yo venceria las dificultades del mundo. Habéis de saber, hijos míos, que cuando yo me casé con vuestra madre, no tenia nada y ella renunció á todo por mí. Yo creía entonces que las riquezas la harian mas dichosa; pero ella y yo tenemos otros pensamientos en el día. Sabemos que nunca podremos ser mas dichosos de lo que lo hemos sido en la pobre casa de Norton-Bury, ó aquí en Longfield. Al hacerla dama y señora de Beechwood-Hall, doblo su responsabilidad, triplico sus cuidados, y la creo una infinidad de nuevas obligaciones, sin poder prometerla goces tan suaves y apacibles como los que dejamos en Longfield. Vuestra madre, hijos míos, decidirá pues lo que guste.

Ursula alzó hacia John sus ojos llenos de lágrimas, y en los que se leían el amor y la confianza.

— Gracias, John, estoy decidida. Ya que tú lo deseas y lo juzgas necesario, dejaremos Longfield y nos iremos á Beechwood.

John dió un beso en la frente á su mujer, y no respondió mas que con estas palabras:

— Nos iremos á Beechwood.

Guy miró á su padre con aire de reconvencción, como si hubiese pensado que exigía un sacrificio excesivo; pero por mi parte, dudo que el exceso de sacrificio no fuese mas bien para mi amigo John.

Se resolvió pues que abandonaríamos nuestro querido Longfield, pero que no le venderíamos; le daríamos en arriendo á una persona conocida que le cuidara como cosa suya. Así podríamos visitarle frecuentemente; sería siempre nuestro... pero ¡ay! ya no sería nuestra morada.

Nos despedimos de aquellos lugares; del jardín, de la huerta, del riachuelo, de las verdosas colinas que dominaban nuestro horizonte, y donde todo nos recordaba á aquella que en un hermoso día de primavera había salido alegremente de Longfield con sus hermanos para no volver nunca.

Quizá porque nuestra Muriel nos había sido arrebatada lejos de la casa paterna, su memoria parecia estar mas íntimamente unida á Longfield.

Madelina y sus hermanos habían cambiado poco á poco, y nosotros habíamos olvidado de año en año los rasgos de su infancia; pero los de Muriel no habían cambiado. Su imagen vivía siempre entre nosotros; por la tarde aquella sombra se deslizaba suavemente en la casa; durante las veladas de invierno nos sonreía en algun rincón apartado; en la primavera la veíamos adelantarse á paso lento y sin ruido por entre los cuadros

de flores del jardín. Los demás niños crecían; dentro de poco serian hombres, pero aquella que ya había muerto se conservaba siempre niña.

La víspera de nuestra marcha, cuando á su regreso de Enderly John subió con su mujer el sendero de la pradera que tantas veces habían recorrido juntos durante tantos años, creí ver que los ojos del padre se volvian hacia el sitio en donde una criatura dulce y pálida venia á esperarle antiguamente con sus palomas en los brazos.

Ahora ya no teníamos palomas en Longfield.

Aquella misma noche cuando se hubieron retirado todos, John siguiendo su costumbre fué á cerrar la puerta de su casa, y se quedó largo rato fuera contemplando el valle que se extendía delante de sus ojos.

— ¡Qué sereno parece todo! le dije yo; casi se podría oír el murmullo del arroyuelo. ¡Pobre Longfield!

Y suspiré á la idea de abandonar aquel apacible retiro.

John no respondió; estaba doblando con aire pensativo una larga rama de enredadera que queria colocar en su puesto.

Esta enredadera, que cubria ahora toda la fachada de la casa, provenia de una pequeña raíz que Muriel y Guy habían traído en otro tiempo del campo y que habían plantado ellos dos.

Por fin John se acercó á mí, y apoyándose en el enrejado, exclamó mirando al cielo sembrado de estrellas:

— Quisiera saber si ella sabe que abandonamos Longfield.

— ¿Quién? pregunté yo en un momento de distracción.

— La niña.

VIII.

Era muy temprano, apenas habían dado las ocho, pues observábamos todavía nuestras costumbres de Longfield, cuando John y su hija se paseaban por la alameda principal en frente de las ventanas del comedor de Beechwood-Hall.

Aquel día era un día grande para nosotros, porque Guy llegaba á ser mayor de edad. Al ver al joven heredero que se paseaba gravemente al lado de su padre, no podía menos de recordar cierta casa tan humilde como antigua de Norton-Bury, donde en un día lluvioso del mes de diciembre, el joven había venido al mundo veinte y un años antes.

Muy luego nos hallamos todos reunidos para almorzar.

El almuerzo á que nunca faltaba ninguno de nosotros, se consagraba á las conversaciones de familia; en él evitábamos todo lo que habria podido entristecerle ó turbarle; toda preocupacion formal, todo asunto penoso.

Pero aquel día contra su costumbre, John dijo con aire grave dejando sobre la mesa su diario:

— Malas noticias; el periódico de hoy anuncia diez quiebras de casas de banca.

— ¿Nos toca algo en eso, padre mio?

— Edwin siempre piensa en nosotros y en nuestros intereses, repuso Guy con sequedad.

Pues si alguna nube venia de tiempo en tiempo á ennegrecer el horizonte sereno de la casa, era por la diferencia de los puntos de vista en que se colocaban aquellos dos jóvenes, que por lo demás eran buenos entranos.

— Edwin no hace mal en pensar en nuestros intereses, ya que hay tantas personas que dependen de nosotros, dijo el padre, que cuando terciaba entre sus dos hijos, sabia mantener la balanza igual entre los dos. Sin embargo, añadió, aunque nosotros estemos seguros, creo que las pérdidas de nuestros vecinos deben aconsejarnos que no hagamos ostentación de nuestras riquezas, lanzándonos en los esplendores á que Guy se muestra tan aficionado. ¿Qué piensas tú, hijo mio?

El joven bajó los ojos.

Desde que nos habíamos establecido en Beechwood, tal era su amor al lujo y los placeres, que había deseado introducir en nuestro modo de vivir toda clase de cambios, como bailes, grandes comidas, cacerías, etc. Los gustos mucho mas sencillos de su padre, que practicaba una generosa hospitalidad, pero que proscribía toda ostentación, se hallaban poco en armonía con los de aquel joven y brillante gentleman, Guy Halifax, esquire, el heredero de Beechwood-Hall.

— Podeis llamar como queráis á nuestros vecinos, padre mio, pero confieso que no agradecería que nos pareciésemos mas á ellos en el modo de vivir. Hasta creo que deberíamos hacerlo, nosotros que somos conocidos por la familia mas rica...

Guy se detuvo, pues se acababa de abrir la puerta, y tenia demasiado tacto para hablar de nuestras riquezas delante de la pobre institutriz de Madelina, la alta y grave miss Silver, de rostro meditabundo y de modesta vestidura.

Era la joven que John había encontrado en casa del banquero Jessop, que vivía con nosotros desde nuestra llegada á Beechwood-Hall, es decir, hacia cuatro meses.

Uno de los jóvenes se levantó y la ofreció una silla, pues los padres eran los primeros en dar el buen ejemplo; la manifestaban todas las consideraciones imaginables, y la hubieran tratado como á un miembro de la familia, si no hubiese sido tan reservada.

Miss Silver se adelantó trayendo en la mano el ramillete que Mrs. Halifax la había encargado que hiciera todas las semanas.

— Son las flores mas hermosas que he podido hallar, señora; creo que Watkins guarda las del invernáculo para esta tarde.

— Gracias, amiga mia, me gustan mucho. Guy, suplica á miss Silver que tome tu asiento cerca de la lumbré; parece que trae frío.

Miss Silver no quiso aceptar el ofrecimiento, y se fué á su sitio ordinario, al otro lado de la mesa.

Ursula sin insistir mas, comenzó á hacer los honores del almuerzo con un aire agitado.

A pesar de sus excelentes prendas, miss Silver tenia un carácter al que no podía acostumbrarse el ama de la casa. En sus relaciones mutuas había mucha urbanidad por parte de esta última, y una perfecta deferencia por parte de la primera: pero Ursula confesaba en particular, que la excesiva frialdad, así como los modales reservados de la institutriz la desagradaban sobremanera.

Aquel día era de fiesta para amos y criados; había gran comida en la fábrica, y por la noche lo que nosotros llamábamos un té y que era un baile. Pero en esta ocasión los padres habían cedido á las instancias de los jóvenes, y la mitad de los vecinos estaban convidados á celebrar la mayoría de Guy.

Despues del almuerzo Guy y Walter montaron á caballo con dirección al palacio; Edwin desapareció con su hermana, á quien daba todos los días una lección de latín en la sala de estudio, y John me suplicó que fuera á dar una vuelta con él por la colina.

— Phineas, me dijo Ursula en voz baja, acompañadle, y no le dejes hablar mucho de lo pasado; esta semana es muy triste para él.

Ursula tenia también un aire de melancolía, pues Guy y Muriel habían nacido á un año y tres días de distancia; pero no se le habria ocurrido decir:

— ¡Es una triste semana para mí!

Su desgracia comun la había herido de una manera menos dolorosa que á su marido, ya porque los hombres, aun los mejores, no saben mas que sufrir, en tanto que las mujeres saben soportar, ya porque la naturaleza había permitido que Madelina se llevara con la leche de su madre la amargura de su dolor, cuando estaba reciente todavía. La llaga no se había enconado en el fondo de aquel corazón amante, de aquel corazón consagrado todo á sus hijos vivos, y en el que la ternura por la niña muerta se hacia superior á la aflicción.

Durante nuestro paseo John y yo nos detuvimos cerca de la pared del campo santo, desde donde podíamos ver la piedra blanca sobre la cual estaban grabados los nombres de Muriel Joy Halifax, y mas abajo estas palabras de la historia milagrosa del Nuevo Testamento, que á ella la gustaban tanto:

Yo era ciega y ahora veo.

— «13 de diciembre de 1813,» dijo el padre leyendo la fecha de la muerte de la niña.

Y luego añadió:

— ¡Hoy sería una mujer!...

Y comenzó á caminar con aire pensativo siguiendo el mismo sendero que tan á menudo había seguido con ella. Habriase dicho que aun creía llevar en brazos á la criatura cuyo recuerdo era para nosotros un tesoro, y que á despecho de los años y de los cambios se presentaba y debía presentarse siempre á nuestros ojos bajo la risueña imagen de una niña.

Este pensamiento pareció consolar el corazón del padre que se puso á hablar de sus demás hijos, de Madelina principalmente, y luego de miss Silver su institutriz.

— Quisiera que fuese mas amable, dije yo; me incomoda ver que responde con tanta frialdad á las bondades de Ursula.

— ¡Pobre joven! Se ve que no está acostumbrada á las atenciones y la benevolencia; tenia que ver ayer su sorpresa cuando la dimos un poco mas que sus honorarios, y Ursula la regaló un vestido de seda que estrenará hoy. Creí que iba á llorar como una niña.

— Pues que no lo es; los jóvenes dicen que debe de tener treinta años. Guy y Walter se divierten mucho con sus trajes y sus maneras tan graves y solemnes.

— No puedo yo permitir eso, Phineas, será preciso que les hable. Deberían ser algo mas indulgentes con la pobre miss Silver, que á mí me merece la mas alta opinión.

— Lo sé; pero ¿de veras te agrada?

— Sí, por muchas cosas, y la respeto; sin eso no estaría aquí. A mí me parece que se debe poner igual cuidado en la institutriz para una hija, que en la de una esposa para su hijo, y que se la deben tener iguales miramientos.

— Tus hijos se elegirán mujeres y muy pronto, amigo mio. Creo que Guy no es indiferente á los hechizos de Gracia Oldtower.

Pero el padre no respondió; le gustaban poco esas chanzas. Además, M. Brown, el intendente de lord Luxmore pasaba en aquel momento á caballo; al cruzarse con nosotros saludó friamente á John.

— ¡Pobre M. Brown! Está enfadado conmigo desde que me he negado á entrar en sus especulaciones con América; él lo ha perdido todo, excepto lo que recibe de lord Luxmore. Creo que la rabia de la especulación trastorna todas las cabezas; algun desastre es infalible, y aun se asegura que ha comenzado ya.

— Pero tú no corres ningun riesgo, en atención á que no has participado de la manía general. ¿No te he oído decir que no temías perder nada?

— Sí, desgraciadamente, repuso John sonriendo con tristeza.

— ¿Qué quieres decir?

— Que la posición de un hombre que se queda de pié

Estábamos en el campo Elisa, Julia y yo. Mis pretensiones sonaron al fin en los oídos de Elisa. ¡Ay! en seguida comprendí mi error. Conocí al ángel, y casi me asusté de haberle conocido. El lenguaje de hombre había profanado una santidad. Mi corazón debía haberse hecho pedazos. La pobre niña cayó desvanecida. ¡Ay, que una palabra da vida y otra palabra da muerte!

Una sola nube basta á ocultar los rayos del sol. El corazón de Elisa era hartó delicado para que yo pudiera llegar hasta él. Donde el hombre sienta su mano, nacen espinas.

VI.

Una mañana entré en un jardín. Lo primero que se presentó á mi vista, fué una flor casi marchita. Móviome á compasión y corrí á buscar agua. Rocí sus hojas y regué su raíz. Aun la tierra no se había embebido el agua, cuando las hojas cayeron, y una ráfaga de viento las arrebató. ¿Murió entonces la flor de alegría, ó estaba muerta?

La mano del hombre no sabe regar flores. El corazón del hombre no comprende al de la mujer.

GERÓNIMO LAFUENTE.

Antonio Badia y Leblich.

(ALY-BEY.)

(Conclusion.)

IV.

Desde que Badia empieza á poner por obra los sueños de toda su vida, se identifica de tal modo con el papel que está encargado de representar, imita de tal modo las costumbres orientales y las cree tan propias de sí su vida íntima, que los viajes que hoy día son su gloria, respiran orientalismo por todas sus páginas. Sus palabras son las palabras de un mahometano furibundo: sus figuras y sus pensamientos nada tienen que envidiar á los mas bellos del Corán: sus trajes, sus movimientos y sus deseos son los que debió soñar y poseer el marido de Cadija.

Por eso han existido escritores europeos y de naciones muy cultas, que tomándole de buenas á primeras como marroquí, no se han acordado para nada de la bella Barcelona al celebrar al infatigable Badia, y tampoco ha faltado quien atreviéndose á mas, juzgue una fábula su nacimiento español y su misión en el Africa.

Pero si la envidia nos quiso desposeer de tal gloria, el tiempo se ha encargado de desmentirla.

Ved entre tanto á nuestro héroe en el interior del imperio de Marruecos: viaja como un príncipe rodeado de su corte: pertenece á la ilustre familia de los Abbasidas: le sirven como á sultán entre sus vasallos; y trata de igual á igual á los grandes funcionarios del imperio.

Entonces se descubre por completo ante su vista el velo con que Africa se cubre ante Europa: penetra en los harems y mezquitas: sorprende los mas secretos pensamientos del hombre y los laboratorios mas ocultos de la naturaleza; y escudado con su ciencia que humilla en todas partes á los mas activos, domina material y moralmente todo lo que se levanta en su derredor.

Al llegar á Fez el ambicioso Ginnam, que teme su inevitable influencia, quiere apartarle de la presencia del sultán, pero la sagacidad y audacia de Badia triunfan de todos los obstáculos, y el traidor pide perdón á sus plantas, mientras el sultán envía al viajero los dos negros panes que tanto asombro le causaron, y que simbolizaban la prueba mas grande de amistad.

Pero cuando mas entusiasmado se hallaba en sus viajes, el extraño conducto de un criado le enteró del peligro que corría la independencia de su querida España, hábilmente atada por una traidora mano extranjera.

Badia sintió latir en su pecho y correr en sus venas la sangre de su país: olvidó su aureola de gloria, su porvenir científico y su aspiración de tantos años, para volver á su pobre España, huyendo con el llanto en los ojos y el luto en el corazón de su adoptiva Africa.

Llegado á Constantinopla, la embajada de España recibió lujosamente al príncipe mahometano, que pocos minutos despues estrechaba la mano del embajador, hablando en su hermosa lengua castellana, que no había olvidado en sus menores locuciones. Esta emoción, despues de tantas recibidas, y el triste presentimiento de los trabajos que iba á sufrir, le hicieron caer en el lecho con una grave enfermedad.

Pero si la energía de su cuerpo se agotaba, la de su alma no podía agotarse jamás.

Quiso á toda costa volver á España y llegó á Munich. ¡Dos dias despues salía para Bayona, tendido en una cama dentro del coche, y llorando con los ojos y el corazón!

V.

Badia espera en la antesala de la casa-castillo que sirva de asilo á los Borbones españoles. Ha pedido ver á su rey y espera verle con ansia.

Los criados que pasan le miran con lástima: los franceses con odio: los favoritos con desprecio.

Pero el intrépido viajero, insensible á todas estas demostraciones, solo espera ver logrados sus fines, de los que depende su vida.

Por fin, despues de muchos dias obtiene la apetecida audiencia.

Y se arroja á los piés del rey que le coge cariñosamente de la mano, le fuerza á levantarse y sentarse, le deja un momento de descanso, para que pueda decirle respetuosamente:

— Vuestra Majestad, Señor, me envió á explorar las desconocidas comarcas africanas: yo he cumplido lealmente mi comision, y he pasado cinco años haciendo todo cuanto era posible para satisfacer los deseos de mi rey. Pero he sabido que mi patria estaba en peligro, y como era de mi deber, lo he despreciado todo para venir á unirme á ella. Aquí me teneis, Señor, dispomed como os plazca de mi vida y de mis bienes.

Cárlas IV no pareció conmovido ni afectado por las palabras de Badia; hizole varias preguntas de mera curiosidad acerca de su viaje, y terminó diciendo con amigable tono:

— Ya sabrás que por un tratado reciente, Francia, ó mas bien el emperador es el que dispone de nuestra España: dirígete pues á él, y haz por conseguir lo que desees, que yo recomendaré tu petición.

— Pero, señor, exclamó Badia no pudiendo dar crédito á tan humillantes palabras.

— No me digas ni hagas observacion alguna: estoy ya cansado de negocios, y quiero olvidarlos completamente.

Badia salió de la real cámara con el primer desengaño que experimentaba el ciudadano español.

Y apenas entra en su casa, abre la vieja maleta en que se hallaban amontonados y confundidos sus cuadernos de viaje.

Allí volvió á meditar en todo lo que tenia de grande su pensamiento. Cada uno de aquellos papeles emborronados era un recuerdo imperecedero de su vida: cada una de aquellas líneas llevaba el sello de su serenidad á toda prueba, y simbolizaba un gigantesco esfuerzo del pensamiento.

No pudiendo dominar el sentimiento que oprimia su pecho, volvió á cerrar aquella maleta querida, para abandonar por mucho tiempo los bellos recuerdos que contenia.

Instó, suplicó de nuevo al rey que le oyese: suplicó á todos los favoritos: pidió como único favor que se le permitiese hacer una edicion de sus obras: todo fué en vano.

Sus pensamientos estaban necesariamente condenados al olvido, cuando la guerra hacia hervir todos los corazones.

Y fué á España.

VI.

Mas de un año despues, encontramos en una miserable y mal amueblada boardilla de Madrid dos mujeres y un hombre.

Las mujeres cosen afanosamente cerca de la ventana, y quieren aprovechar el último rayo de sol que se despidе amorosamente de su olvidada vivienda.

El hombre sentado en el fondo de la pieza, y oculto el rostro entre las manos, revela en todas sus actitudes una profunda desesperacion.

— No pierdas la esperanza, dice con cariño la mujer de mayor edad: cuando la guerra pase, volverás á ser querido: leerá todo el mundo los hermosos libros que has compuesto, y podrás ser otra vez el príncipe envidiado.

Por las megillas de la mas jóven corrió una silenciosa lágrima.

— Es imposible, murmuró con voz sorda Badia respondiendo á su mujer.

— Alégrate, como yo me alegro, y deja encargado al tiempo que cure nuestros dolores, como calma los de otros hombres mas desgraciados.

— ¡No espero nada de nadie, y mi proyecto quedará sin realizar!

— ¡Todavía mas viajes! exclamó en voz baja la pobre niña que permanecía en silencio.

— ¡Sí, hija mia, ese es el porvenir de tu padre, y debe cumplirle aunque le pese!

— Y le cumplireis, padre, pero abandonándonos sobre la tierra.

El acento de su hija sumergió á Badia en nuevas meditaciones.

La madre exhaló un hondo suspiro y tambien calló.

Y solo se oía el imperceptible ruido de la fatigosa respiracion del viajero, y de las telas que se movian sobre las rodillas de su mujer y de su hija.

Pero antes de anochecer, un hombre extraño llamó á la puerta de la boardilla.

Badia no levantó la cabeza; pero su mujer acercándose dulcemente le hizo ver el sobre de un pliego en que se leía su nombre.

Badia lo lee rápidamente, y sin hablar una sola palabra, lo pasa á su mujer y á su hija.

Despues se levanta en actitud de devolver al enviado el pliego recibido.

Pero mira á su mujer y á su hija: ve en su faz retratada la miseria: ve el hambre en cuanto le rodea, y tiembla visiblemente.

Una suplicante mirada de su hija acababa de decidirle.

— Acepto, dijo al enviado; y este despues de saludarle cortésmente se retiró.

Dos dias despues salía aquella desolada familia para

Segovia, de donde había sido nombrado intendente Badia por el gobierno intruso.

VII.

De este modo fué el ilustre viajero además prefecto de Córdoba é intendente de Valencia.

Esta conducta, forzada por las circunstancias y de ningun modo por sus inclinaciones y deseos, dió sus naturales frutos.

Cuando la estrella francesa se empezaba á eclipsar en toda Europa, cuando el rey José salía de su momentánea corte para no volver á pisarla jamás, Badia tuvo que formar parte de su comitiva para salvar su vida, amenazada como partidario de la invasion.

Pero apenas estuvo en lugar seguro, para dar á conocer sus verdaderas simpatías, escribió á Fernando VII esa magnífica y tierna exposicion conocida de todos, que seria su justificación mas completa, si las circunstancias anteriores de su vida no le colocasen ya en la categoría de un buen español.

Pero el silencio y el desprecio fué la única contestacion que recibió el ilustre viajero, que cerrando entonces esta llaga siempre abierta de su corazón, se dedicó de nuevo á su pensamiento favorito.

Aceptada la proteccion que Francia le ofrecia, esta le pagó generosamente.

Badia publica sus obras en 1814, y en 1815 casa su hija con un hombre ilustre.

¡De este modo el catalan entusiasta de su patria llegó á ser una gloria francesa!

VIII.

Pero llegó la hora del viajero. El antiguo Aly-Bey, convertido ahora en Aly-Osman, pasa á la India de órden del gobierno francés y con la categoría de general de division.

Su mujer y su hija le despidieron llorando.

Y Badia el hombre fuerte é insensible en las mas terribles aventuras, tambien lloró al perder de vista las torres de Paris.

Llegado á Damasco, el bajá le convidó á su opípara mesa y á beber despues con él su rico café.

Pero como dos dias antes que el español habían llegado á Damasco ciertos pliegos apremiantes de una poderosa nacion, el café estaba envenenado.

Uno de esos presentimientos del corazón que jamás engañan ni dejan de existir, dijo á Badia que no aceptase el convite del bajá.

Pero su orgullo de hombre se sublevó ante aquella debilidad, y su atrevimiento de viajero dispó todas las sospechas.

Una hora despues agonizaba Badia en la misma sala en que se había tomado el café.

El bajá, fumando su pipa al otro extremo del salon, le dejaba revolcarse con sus terribles dolores, sin constatar una sola palabra á sus amargas quejas.

Aly-Osman, conociendo que le faltaban las fuerzas, dijo al bajá con toda la firmeza que le era posible demostrar en tan terribles circunstancias:

— Escucha, creyente, y haz por tu honor lo que voy á encargarte: escribe á Francia, para decir que la fatalidad me ha muerto, y que espero de la bondad real cuide á mi pobre familia abandonada por mí.

Despues no esperando contestacion, volvió á recordar su lengua castellana y exclamó tristemente:

— ¿Porqué te abandoné, Barcelona mia, para correr tras un porvenir de locas aventuras? ¿Qué he hallado en el fondo de ese sueño de toda mi vida? Vicios degradantes en Africa como los veia en Europa: desiertos inmensos en la naturaleza y grandes vacíos en mi corazón: una sociedad estúpida y una tiranía monstruosa. Y en tantos años de peregrinaciones, he olvidado que tenia una mujer y una hija que me adoran, y á quienes martirizaba horriblemente cada uno de mis viajes; he olvidado que tenia amigos como Rojas Clemente que ansiaban unir su destino perpetuamente con el mio; lo he olvidado todo, para correr tras un porvenir que ahora veo evaporarse como el humo. ¡Dios mio! perdonad mis extravíos; compadeceos de mi dolor, y llevad á los que por mí lloran, consuelo al corazón y esperanza al pensamiento.

Y así diciendo, espiró olvidado de todos el ilustre viajero que tanto hizo por las ciencias y la geografía en el Norte de Africa.

EDUARDO SERRANO FATIGATI.

Fiesta de beneficencia en San German.

El juéves 7 de marzo la ciudad de San German-en-Laye (cercañas de Paris) se vió muy animada por una fiesta de beneficencia de las mas brillantes. Esta fiesta, organizada principalmente por el regimiento de los lanceros de la guardia de guarnicion en San German, tenia por objeto, como lo anunciaba su programa, recoger limosnas para los indigentes.

El juéves á las doce del dia, un numeroso cortejo que escoltaba los carros de la Caridad, de la Victoria, del Celeste Imperio y del Orfeon, compuesto de máscaras con los disfraces mas variados, salió del cuartel de los lanceros y recorrió la ciudad en todos sentidos.

Como el tiempo era hermoso, muchos habitantes de las inmediaciones habían llegado á reunirse á la poblacion de San German.

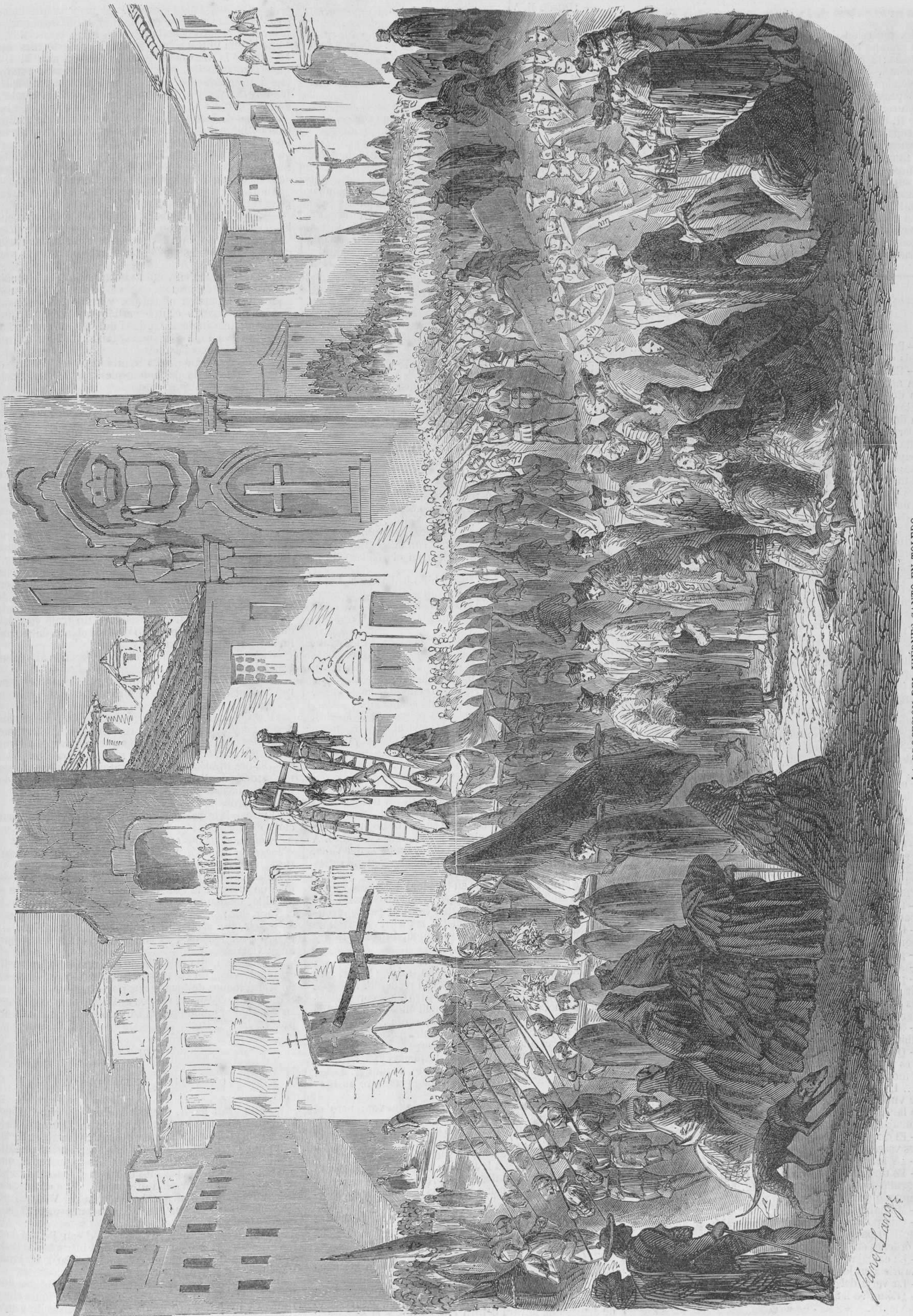
El producto ha sido grande, y por la noche los pobres de San German bendecian á los corazones generosos que habían tomado la iniciativa de esta fiesta. P. P.



FIESTA DE BENEFICENCIA ORGANIZADA POR EL REGIMIENTO DE LANCEROS DE LA GUARDIA DE GUARNICION EN SAN GERMAN.



LLEGADA DE FRANCISCO II AL QUIRINAL.



LA PROCESION DEL VIERNES SANTO EN TOLEDO.

Jano Langé

La procesion del viérnes santo en Toledo.

La procesion del viérnes santo en Toledo es una de las grandes ceremonias religiosas que se conservan en España: á ella acude anualmente una muchedumbre inmensa, y por su magnificencia recuerda los antiguos esplendores de la iglesia metropolitana de la península. Las personas que figuran en esa gran escena católica salen con los diferentes trajes regalados por el rey Felipe II. Ciento veinte jinetes, con la partesana elevada en señal de respeto, abren la marcha; centenares de penitentes negros con la vela encendida en la mano rodean las figuras de María y de su divino Hijo; sigue el cabildo precedido del gobernador de la ciudad, de los oficiales superiores vestidos de gala, y cierra el cortejo la banda de música militar; por todas partes brillan el oro, la plata y las pedrerías.

La ciudad de Toledo desierta por lo comun, toma el aspecto de una gran capital el día de viérnes santo, gracias á los viajeros que recibe de todos los puntos de España.

LOS AVENTUREROS.

(Continuacion.)

— Pero ¿porqué me haceis todas estas preguntas?... sabéis que no tengo ninguna hija...

— En Alemania, murmuró Jorge, somos poetas... Me pasa alguna cosa extraña... ¿Habeis visto alguna vez esas dos flores gemelas cuyos capullos se mecen en la punta del tallo largo y flexible del rosal *Victoria regina*?... Una de esas dos rosas se descoge primero; mientras que conserva su frescura y su aroma, la otra, su hermana, oculta en la verde cubierta del capullo su fragancia y la felpilla anaranjada de su corola. La mayor se agosta y cae; la segunda se descoge, tan exactamente parecida á la muerta, que el ojo encantado se engaña... Son dos flores y es la misma flor... He tenido este sueño: que dos mujeres podian tener la misma alma.

— Rosales, corolas y almas, murmuró el anciano general; preferiria un poco de prosa mas toscamente inteligible, hijo mio.

Jorge pareció despertar de un sueño.

— ¿Y si tuviésemos una hija, general?

— ¡Otra vez! exclamó O'Brien con impaciencia.

— Dejadme acabar... Necesito vuestro parecer... suponed el caso en que os dijese: He muerto á ese hombre, á pesar de haber jurado no derramar su sangre...

— ¿Habeis jurado no matarle? repitió el general moviéndose en su silla como impulsado por un resorte.

— Elena tiene una hija, dijo Jorge con melancolía; un día me dijo: ¿Seriais capaz de dejar huérfana á mi hija?

— Pues entonces, dijo O'Brien, ¿á qué juego estamos jugando?

— ¿Me dariais vuestra hija? preguntó Leslie en vez de responder.

El general golpeó con el pié en el suelo con ira.

— No lo sé, refunfuñó; váyase al diablo vuestro juramento... Y no obstante, un juramento hecho á una mujer... Escuchadme, Jorge, os advierto una cosa; si veo que os dirigís desarmado contra un adversario que no olvidará ninguna precaucion, me retiro... Os conozco, y sé que sois hombre capaz de hacer el caballero fuera de tiempo...

Jorge le tendió la mano.

— Quiero permanecer digno de mí, dijo, mientras que su bella sonrisa hacia resaltar la melancolía de su semblante, digno de los que me aman... y digno de la que me amará.

O'Brien se paseaba precipitadamente por el cuarto.

— Creo adivinar que otra mujer ha arrojado á miss Talbot de vuestro corazón, dijo el anciano bruscamente.

— El recuerdo de miss Talbot no morirá sino conmigo, respondió Jorge, y sin embargo, teneis razon, ¡amo!

— ¿Y á quién amais?

— A la otra flor.

— ¡Ah! escuchad, exclamó el anciano O'Brien, no soy alemán ni poeta... Dejémonos de flores y tratemos de cosas mas graves... Para presentarse al combate es menester poder herir... Si teneis las manos atadas...

— No hay cadena que no pueda romperse, dijo Jorge cambiando de repente de tono.

— Querido general, repuso Leslie, hay ocasiones en que es una locura pedir consejos al mejor amigo... En este momento solamente Dios puede leer en mi corazón... Lo único que puedo prometeros á fin de tranquilizar vuestra conciencia, es que en el momento del combate llevaré armas... Vamos á lo demás: ¿conoceis bien la embajada del Brasil?

— El duque del Valle me ha estrechado la mano dos ó tres veces.

— ¿Y la duquesa?

— Es una mujer bellísima, que habla poco, que parece orgullosa y á la cual creo triste. La conozco mas intimamente que á su marido.

— Me habeis dicho...

— Que podria proporcionarnos un gabinete de tocador durante el baile... el secretario del duque sirvió bajo mis órdenes en los Algarves y me es adicto.

— La embajada, ¿tiene una puerta que da á la avenida Gabriela en los Campos Elíseos?

— La verja del jardín.

— ¿Cómo se llama el secretario?

— Vieyra.

— ¿Puede M. Vieyra abrirnos esa verja en un momento dado?

— Creo que sí... ¿Porqué?

— Porque mañana ni el vizconde ni yo debemos salir por la puerta que lo hagan los demás.

— ¿Estaré con vos?

— Sí.

— Entonces nos abrirán la verja.

— En esta verja, cerca de las cuatro de la mañana, es menester que haya una berlina de viaje con caballos de posta.

— Estará allí.

— Dentro de la berlina habrá dos carabinas de doble tiro, iguales, y doce cartuchos.

— ¡Towah! llamó Jorge-Leslie.

El indio, que hasta ahora habia permanecido inmóvil como esas estatuas tendidas sobre los sepulcros y que parecia sumergido en un profundo sueño, se levantó como si hubiese sido de una sola pieza.

Towah se quedó de pié en la misma posicion, mudo, aguardando la pregunta de su amo.

— ¿Cuántos hombres hay en Montmartre en la casa de Mohican? preguntó Jorge.

— Ocho, respondió el panio.

— ¿A quién deben matar?

— A ese una vez, respondió Towah señalando á O'Brien, á mí una vez... á vos dos veces.

El general no comprendió una palabra, Jorge le estrechó la mano diciéndole:

— La amistad de un hombre como yo es una carga y un peligro.

— Lo que yo quisiera, replicó el general, es tener al bribon cara á cara en el bosque de Boulogne ó en otra parte... y un par de buenas pistolas... ¡hé aquí lo que yo llamo un duelo!

Jorge consultó su reloj.

— ¡A cazar! dijo á Towah; hace mucho tiempo que marchas con los piés descalzos.

El pecho de Towah exhaló un ronco y profundo suspiro. Su talla pareció crecer de repente.

El indio, metiendo su mano derecha bajo los pliegues de su ropón, sacó un largo cuchillo con mango de madera, afilado como una navaja de afeitar, y despues de blandirlo tres veces sobre su cabeza, se puso á bailar modulando un canto monótono. Era la alegría salvaje del indio que da su primer paso en el sendero de la guerra.

En el momento en que su cuchillo brillaba en derredor de sí por la tercera vez, Towah se dirigió á la puerta-ventana y desapareció entre las tinieblas.

— Ese hombre debe saltar mejor que un tigre, dijo O'Brien.

Un grito gutural le respondió desde fuera. Era Towah, que desdeñando, segun su costumbre, de pasar por la puerta, acababa de escalar de un brinco la pared del jardín que se prolongaba por la calle de Bruselas.

— Vamos á separarnos, querido general, repuso Jorge.

— ¿No venís conmigo? preguntó el anciano.

— No... debe presentarme otra persona... A las dos, lo mas tarde, os espero... No olvidéis el traje húngaro bajo vuestro dominó... Pensad en la berlina y en las armas... Pensad en vos sobre todo y vigilad; mis enemigos son de hoy en adelante los vuestros, y ese hombre ha hecho el propósito de asesinaros.

— Estamos en Paris, replicó el general, y saldré de aquí en carruaje... Por mas que digan las novelas civilizadas, no se asesina con tanta facilidad... Ignoro lo que pensais hacer; lo único que sé es que no emprenderéis nada que no sea honrado y leal. Hasta despues. A las dos nos reuniremos en casa de la duquesa del Valle.

Despues de darle un abrazo, el anciano general se retiró.

Jorge empezó en seguida su tocador; á las once estaba ya listo. Obligado á ser su propio ayuda de cámara, sacó de su armario un paquete y una caja; el paquete contenia un traje mejicano de cierta riqueza, en razon de los bordados que adornaban la banda, la sobrevesta y los calzones.

Jorge besó la bordadura de la banda.

— ¡Aquella no me hubiese hecho traicion! murmuró sin nombrar el objeto de este tierno recuerdo. Antes de morir, siquiera debiese atravesar para ello expresamente el Océano, quiero verla, y arrodillándome delante de ella, besar su mano como la de una santa...

Jorge habia extendido las diferentes piezas de su traje encima de las sillas. Antes de quitarse el redingote, sacó de su bolsillo una cartita muy pequeña cuya letra no podia ser escrita sino por una mano de mujer. Leslie tuvo un momento la carta en la mano con aire meditabundo.

— No conozco esta letra, dijo en alta voz; pero el contenido concuerda exactamente con la relacion de Towah para ser un lazo... Y sin embargo, ¿quién puede escribirme así?... ¿Quién se interesaria por mí en Paris, en donde no he estado sino de paso otras veces?

El nombre de Elena le vino en seguida á los labios.

— ¡Imposible! se interrumpió respondiéndole á su propio pensamiento; ¿cómo lo sabia la señorita de Bois-trudan?...

¡Además ayer me vió por primera vez! ¡es una locura pensarlo!...

Jorge abrió la carta que estaba concebida en los términos siguientes:

« M. J. L. debe ser presentado esta noche en la embajada del Brasil; M. J. L. ha emprendido una lucha desigual. Esta noche habrá cuatro hombres apostados en las cercanías de la embajada. Habrá un landó sin escudo de armas que llevará dentro dos dominós, el cochero y

el lacayo: son cuatro asesinos. La persona que facilita estas noticias las recibe en este mismo instante, que son las seis de la tarde; no tardará en saber otras. M. J. L. cometió una imprudencia en hablar como lo hizo ayer en casa de la marquesa de B. La persona que M. J. L. quiso comprometer, quiere reducir al silencio esta noche á todos aquellos que podrian divulgar su verdadero nombre, á saber: el general O'Brien, M. J. L., el conde A. de R. y el indio T. »

Despues de bien leida esta extraña misiva, la admiracion de Jorge debia llegar á su colmo. ¿Quién podia conocer estos pormenores? Jorge habia recibido la carta algunos minutos antes de la llegada del general. Las instrucciones que Leslie diera al anciano O'Brien eran debidas en parte al contenido de este escrito.

Ahora que el general se habia vuelto á marchar, Jorge se repetia involuntariamente:

— ¿Quién puede haber recibido tan detalladamente la confidencia del vizconde? Suponiendo que este se haya espontaneado á un tercero en esta circunstancia tan grave, ¿qué interés puede tener este tercero en venderle?

Jorge registraba en vano su imaginacion. Este problema era insoluble para él. Cansado de discurrir se volvió á meter el billete en el bolsillo y arregló rápidamente su tocador. Cuando estuvo vestido ocultó bajo su fina camisa de tela inglesa, bordada de seda encarnada, un cuchillo cuya hoja y mango estaban metidos en una vaina de paja trenzada.

El famoso *cuchillo de oro* exhibido por el vizconde de Villiers en la fiesta de la marquesa, tenia un estuche casi igual á este.

Al ir á salir por la puerta-ventana que Towah dejara abierta, vió un objeto blanco en el umbral. Jorge lo recogió.

Era un billete dirigido á él. La letra era igual á la de la misteriosa carta; decia así:

« Nada mas se ha podido saber respecto á los proyectos del vizconde de V... El landó y los cuatro hombres deben sin duda servir para alguna emboscada. Lo mas seguro para M. J. L. seria no asistir esta noche á la embajada del Brasil. Se tratará de velar por la seguridad del general O'Brien. »

Jorge se envolvió en su capa, y despues de tomar un cupé en la calle de Bolonia, se hizo conducir al palacio de M. de Villiers.

— De todas maneras nada tengo que temer, pensó Leslie, hasta haberle enseñado el conde Alberto de Rosen.

Las doce de la noche daban en el reloj del palacio del vizconde cuando introducian á Jorge. Enrique estaba ya arreglado. Su disfraz consistia en un traje completo de Golden-dagger; el cuchillo de oro colgaba de su cuello sujeto por una magnífica cadena.

— Sois exacto, caballero, dijo el vizconde al ver entrar á Leslie.

Mientras que se estrechaban la mano, ambos se miraron minuciosamente uno á otro. Eran dos gallardos jóvenes.

El traje de los aventureros de la montaña sentaba perfectamente bien al color moreno y á las facciones aguileñas de Enrique, mientras que la vigorosa elegancia de Jorge resaltaba bajo su vestido de vecino.

— Si nos hubiésemos encontrado allá abajo con estos uniformes enemigos, dijo el vizconde, uno de los dos hubiese quedado muerto sobre la yerba, señor Leslie.

— Es probable, replicó Jorge.

El vizconde le volvió á contemplar otro rato en silencio y despues dijo:

— Aquí, al menos somos aliados.

Jorge se inclinó. Enrique llamó para que le preparasen el carruaje.

Antes de salir el vizconde se miró al espejo, y despues de arreglar la cadena de oro de la cual pendia su cuchillo, de manera que este le viniese á la altura de la cintura, dijo:

— Veis que acepto intrépidamente la partida.... A pesar de mi máscara, el conde debe conocerme á primera vista...

— Efectivamente, dijo Jorge con una sonrisa particular, al veros con ese traje, el conde Alberto de Rosen no podrá menos de juzgar que no le teneis.

Un minuto despues, los dos entraron en el coche que les condujo al galope por el camino de la embajada del Brasil.

XIII.

LOS CABELLOS DE LA DUQUESA.

En esta gran fiesta, anunciada desde mucho tiempo, la duquesa del Valle celebraba su venida á Europa. *Todo Paris* debia asistir á ella como decian los hombres de talento que escribian las *revistas de salones* en los periódicos de moda. En las tarjetas de convite se prevenia, que salvo la casaca negra para los caballeros, todos los trajes se admitian. Esto permitia el dominó, esta emboscada sedosa del genio de *intriga*. La duquesa del Valle no era provinciala, puesto que venia de Rio-Janeiro, pero gustaba poco de la *intriga*.

Por poco tiempo que hayais residido en Privas ó en Quimper, habreis oído hablar de las intrigas del baile de la Opera, que es segun se dice, el paraiso de las amables intrigantas y de los felices engañados.

Hemos oído referir á todo un caballero, que con una tarjeta que compró en el pasaje por el precio de cinco francos y medio, y un par de guantes blancos de veinte y nueve sueldos, se le admitió en el templo de los jue-

gos, de las risas y de los amores. Este caballero se llamaba Chesnardel.

¿Lo creerías? apenas dió algunos pasos por el coliseo, cuando una voz dulce murmuró en su oído:

— ¡Chesnardel!

Chesnardel se volvió.

La que le llamaba era un paquetito de raso coronado de una capucha bajo la cual dos ojos brillantes atravesaban una máscara de terciopelo.

M. Chesnardel conmovido y legítimamente orgulloso de oír pronunciar su nombre tan lejos de su país, dijo con voz algún tanto temblorosa:

— Para servirte, hermosa máscara.

El dominó repuso:

— ¿Sigues siendo tan buen muchacho como siempre, Chesnardel? ¿Se parece tanto tu hijo mayor á su padrino? ¿Madama Chesnardel te dice aun cada noche...

— En fin, se interrumpió aquí Chesnardel, pormenores propiamente íntimos, y que prueba que en París se sabe lo que pasa en Fougères.

Los caminos de hierro han quitado á París una parte de su prestigio. De Pontoise, que estaba tan lejos, se viene á ver la capital, despues de comer, por via de paseo. Las intrigas del baile de la Opera empiezan á perder su interés hasta para las gentes de Saint-Malo ó de Bezieres.

Todo desaparece.

Cuando Chesnardel vuelva el próximo invierno, en vez de comprar una tarjeta y guantes, se tomará ocho tazas de café en el café-concierto, para oír las piezas premiadas por el Conservatorio.

El patio del palacio, brillantemente iluminado, dejaba ver á los badulaques agrupados en la calle del Faubourg Saint-Honoré, su magnífica escalera que parecia una montaña de flores. En el centro de este parterre, formando pisos se abría un ancho camino cubierto de hermosos tapices que conducía al vestíbulo, el cual, como el de un palacio de hadas, aparecía cubierto de brillantes guirnaldas en medio de millares de luces. Los pobres diablitos que contemplaban este bello espectáculo, tenían sus piés sobre la nieve derretida, en tanto que una lluvia menuda y fría les calaba hasta los huesos; sin embargo, no se movían de allí.

Cuando hace poco decíamos que todo se acaba y que todo va perdiendo su interés, no queríamos en manera alguna aludir á los papanatas, los cuales se conservarán hasta el fin del mundo.

En el recibidor se veían tambien hermosas flores, de esas desterradas que echan de menos, á pesar del ficticio calor de nuestros invernaderos, el radiante sol de los trópicos. Los perfumes que estas plantas exhalaran impregnaban el aire de suaves aromas.

A lo lejos, dentro de los salones, se oían ya los preludios de Tolbecque y de su orquesta.

Esta brisa del placer que oprime de una manera tan voluptuosa los corazones de diez y ocho años, esta querida angustia del baile (si me criticais esta palabra os diré que sois viejos y que careceis de memoria) circulaba á lo largo de los dorados salones. La casa parecia animada, el palacio se regocijaba con sus mármoles floridos, con sus brillantes cristales, con sus pesadas y espléndidas colgaduras.

Las señoras no habian llegado todavia; es verdad que faltaban allí el movimiento y las sonrisas, pero en el fondo de la copa, vacía aun, se traslucía ya la embriaguez.

La copa es linda y nueva, y por lo mismo no lleva en sus cincelados bordes la huella empañada de los labios; la fiesta es seductora tambien cuando espera su primera alegría.

Lo que sí es triste es la copa húmeda y vacía; la sala sombría y fría en la cual la luz naciente de la mañana no encuentra sino perfumes viciados bajo las arañas apagadas, ofrece un aspecto desgarrador: nada se ve entonces allí sino un desorden inmóvil al rededor de la orquesta muda.

Eran las once, y el maestro de ceremonias, á la cabeza de su tropa, paseaba satisfecho su inteligente mirada por los diferentes salones.

El estado mayor del servicio hacia su última ronda.

Blanca y sus moniacos guardaban su puesto de honor en la nevera, mientras que Chevet, tranquilo y majestuoso como su nombradía, dominando el oficio, preludeaba los preparativos de la cena.

La duquesa habia concluido su tocador. Era una jóven de unos veinte á veinte y dos años, que se hallaba en todo el esplendor de su soberana belleza. Su talla elevada y esbelta tenia una gracia incomparable. Su fisonomía revelaba un carácter magnánimo: sus facciones puras y perfectamente delineadas, hacían resaltar su brillante palidez á los reflejos de dos ojos negros como el azabache, grandes y rasgados, dulces en la tranquilidad, y altivos cuando la ira hacia brillar sus niñas; ojos cuya mirada sabia acompañar tambien la adorable sonrisa de su boca como en otras ocasiones la impenetrable contracción de sus labios; dos ojos de criolla española, ardientes ó lánguidos, segun sus ocultas emociones, bajo la negra y larga franja de sus pestañas, siempre hermosas, fuese que una alegría repentina las hiciese brillar, fuese que su llama se apagase en la contemplación; ojos que hacían pensar involuntariamente en esas heroínas del drama castellano, tiernas y altivas, rodeadas de hombres arrodillados, pero á su vez arrodilladas delante de un hombre.

La duquesa del Valle llevaba los cabellos cortos y estaba peinada á la Ninon.

Esto, debemos decirlo, no estaba en armonía con las demás gracias que brillaban en toda su persona. Era

una cabellera de un negro brillante y azulado, de un espesor tan extraordinario, que cualquiera se preguntaba involuntariamente porqué esos bucles opulentos cubrían apenas la caída del cuello y el nacimiento de los hombros. Aquellos cabellos parecían hechos para ondear en largas trenzas. El hecho de haber cortado aquellos bucles no podía llamarse capricho, era una profanación.

La duquesa del Valle era la mujer de moda; así es que muchas feas vizcondesas se habian hecho cortar, para asemejarse á ella, la pequeña mata de pelo natural que servía para sostener sus trenzas postizas.

La gente del barrio de Saint-Germain visitaba á la duquesa del Valle, el barrio de Saint-Honoré se la disputaba, mientras que la Chaussée d'Antin adornaba con su nombre el programa algun tanto charlatan de sus fiestas. Hablábale de la duquesa hasta en el Marais.

Los que la conocían bien decían que era adorablemente espiritual; los desgraciados sabían hasta qué punto era caritativa.

El duque del Valle, que era aun bastante jóven, poseía una fortuna de príncipe. La maledicencia se detenía en el umbral de su palacio.

Apenas se habia notado, por esas gentes que lo notan todo, que la duquesa del Valle tan brillante, tan envidiada y tan feliz, llevaba á veces impresas sobre la noble hermosura de su semblante huellas de melancolía.

¿De qué procedía esta tristeza? El día antes nadie en el mundo se hubiese atrevido á aventurar una suposición sobre este particular, nadie, ni aun las señoritas Dalmas y Susana, doncellas de la duquesa. Pero precisamente en este día de fiesta habia ocurrido un hecho singular que llenara de júbilo el alma de las dos jóvenes, las cuales desde entonces se observaban mutuamente. A partir de este día los celos crecían por momentos en el corazón de las dos doncellas.

¿Cuál de las dos debía ser la confidente? ¿la señorita Dalmas, camarera distinguida, ó la señorita Susana, doncella artista?

Desde luego ni una ni otra querían partir.

Una duquesa respecto de la cual no circulaba rumor alguno, debe dar recompensas magníficas á sus servidoras. Servir á un personaje de esta naturaleza ofrece pocas ventajas. Al contrario, cuando la duquesa tiene que ocultar alguna cosa, la colocación de una doncella es lo que se llama un destino excelente. En este caso el sueldo oficial no es mas que el accesorio de los beneficios misteriosos.

La doncella junta con sorprendente rapidez una cantidad para poderse casar con el empleado de la caja de las consignaciones que le sacude las costillas durante el resto de sus días.

Puesto que ni la señorita Dalmas ni la señorita Susana querían transigir, existía pues un secreto.

Hé aquí lo que sabían las dos señoritas:

La duquesa habia traído de América una compañera de infancia llamada Isabel, que se casó en Francia con un oficial de la embajada. Isabel, mujer de mundo, era bien recibida en todas partes á causa de su intimidad con la duquesa. Aquella mañana Isabel estuvo en palacio, y las dos doncellas habian oído alguna cosa de la conversación que mediara entre la duquesa y su amiga.

Isabel habia pasado la noche en el palacio de Boistrudan: la cosa no podia ser mas clara. Además se pronunciaron nombres: el vizconde Enrique de Villiers, M. Jorge Leslie y el conde Alberto de Rosen...

Uno solo de estos nombres era familiar á la señorita Dalmas y á la señorita Susana; Enrique de Villiers habia frecuentado el palacio de del Valle, y aun segun apreciación de las dos doncellas, intentara alguna escaramuza contra el corazón inexpugnable de la duquesa. Era un gentil caballero, ¡pero habia visto fracasar á tantos otros!

Cuando Isabel se retiró era aun muy temprano. La duquesa no se habia levantado todavia.

Al entrar en su habitación, Susana y la señorita Dalmas la encontraron conmovida y preocupada; Susana creyó adivinar que la duquesa habia llorado.

Isabel volvió dos veces durante el resto del día. La duquesa parecia ignorar que aquella noche se daba una gran fiesta en su palacio. A la hora del almuerzo no probó nada, lo cual hizo que el duque le preguntara si estaba indispueta.

La señorita Susana y la señorita Dalmas se decían: « Esto me halaga. »

Efectivamente, las cosas principian siempre de esta manera.

Las dos doncellas esperaban. Sufrían la calentura de la impaciencia; olfateaban una historia, y cada una de ellas se mantenía pronta á aprovechar cualquiera ocasión para ganar de mano á su rival.

El vizconde Enrique de Villiers tenia un lacayo muy jóven que era el mayor de los seis hijos de una pobre bordadora á la cual el exceso de trabajo dejara ciega. Esta familia reducida á la última miseria, recibió un día la visita de un ángel.

La duquesa subió los siete pisos del granero en donde madama Lemier y sus hijos sufrían el hambre y el frío. Desde aquel día todo cambió: el pan no volvió á faltar en la pobre morada: las jóvenes trabajaron y los niños fueron á la escuela. El vizconde de Villiers, queriendo asociarse á tan buena acción, pidió al hijo mayor, asegurándole un porvenir. Este muchacho que se llamaba Juan, queria á la duquesa del Valle como los niños devotos de Italia adoran á la Madre de Dios.

Juan vino á preguntar por la duquesa hacia las dos de la tarde.

Susana y la señorita Dalmas quisieron despedirle, pero

el jóven les dijo: « La señora duquesa me aguarda. »

Pasaron en seguida recado á la duquesa, quien dió orden de que le introdujesen siempre que se presentase. Las dos doncellas se miraron.

— Sea así, dijo la señorita Dalmas.

— El lacayo del vizconde puede entrar, añadió Susana.

Despues de un minuto de silencio empleado en reprocharse el haber hablado, Susana repuso:

— En el fondo, es el protegido de la señora.

Juan, el pequeño lacayo, permaneció un cuarto de hora largo con la duquesa, que habia prohibido que nadie entrase en el cuarto.

A las seis el jóven volvió.

Susana, que esta vez entró en el cuarto en el momento que el jóven salía, vió que la pluma de la señora duquesa estaba aun húmeda, señal que acababa de escribir.

Juan volvió á las diez de la noche; la duquesa escribió en seguida.

Las dos doncellas ardían en deseos de comunicarse sus impresiones, pero se dominaban.

— El vizconde ha dado un golpe maestro tomando á Juanito á su servicio.

En el momento en que la señora duquesa concluyó su tocador, Juanito vino por cuarta vez.

La señora hizo salir del cuarto á la señorita Dalmas y á Susana que cada una se decía interiormente:

— Ahora sí que la cosa va de prisa.

El placer de corresponder se apoderaba de la señora duquesa con verdadero furor.

Las dos doncellas hubiesen dado cualquier cosa por poder escuchar en la cerradura, pero se perjudicaban mutuamente. Sin este antagonismo de los criados, el papel de amo seria imposible.

— ¿Has entregado la carta? preguntó la duquesa al lacayo.

— Sí, señora, repuso el muchacho.

— ¿Y qué nuevas me traes de tu amo?

— Nada... solo he sabido una cosa; el ayuda de cámara ha recibido orden de dejar entrar á M. Jorge Leslie á media noche.

— ¿Qué ha hecho el vizconde en el intermedio de la salida del general y la venida de M. Leslie?

— Ha estado tirando á la pistola y la carabina en el jardín: despues ha dormido.

— ¿Has visto algunas otras veces á Benito en casa del vizconde?

— Nunca.

— Juan, hijo mio, dijo la duquesa, te doy las gracias. Hoy me has pagado mucho mas de lo que me debe tu buena madre.

— Mi madre me ha dicho, replicó el criado, que mi sangre y mi vida pertenecen á la señora duquesa.

En el semblante honrado é inteligente del jóven se veía un tinte de tristeza.

— ¿Supongo que estás convencido, repuso la duquesa que tenia miedo de adivinar su pensamiento, de que no te he mandado hacer una mala acción?

— ¡Oh! exclamó el jóven, en casa sabemos todos que la señora duquesa es una santa.

El muchacho bajó los ojos y prosiguió:

— Sin embargo...

— ¿Sin embargo?... repitió la duquesa.

Las mejillas y la frente del jóven se cubrieron de carmin.

La duquesa le dijo:

— Juan, quiero que hables.

La duquesa se puso tambien encarnada, en tanto que su mirada perdía toda su altivez.

— Es una gracia que deseo pedir á la señora duquesa, balbuceó el jóven lacayo. Si la señora duquesa sabe una colocación...

— ¿Porqué, Juan? ¿No estás contento del vizconde?

— ¡Oh! sí, señora... es bueno para conmigo...

— Entonces...

— Por esa misma razón... Hoy he faltado á mis deberes de criado, señora... conozco que no puedo permanecer en su casa.

La duquesa del Valle le tendió la mano atrayéndole hacia sí.

— Juan, dijo en voz baja, lo has hecho para evitar una gran desgracia... Saldrás, en efecto, de esa casa... Tienes un corazón noble, Juan... Te haré entrar en un colegio... Desde hoy eres mi hijo.

Los ojos del muchacho se llenaron de lágrimas, y parecia mas resignado que alegre. Cuanto mas grande era el premio que le ofrecían, tanto mas sentía ese vago remordimiento que le oprimía el corazón.

— Vete, repuso la duquesa. Tu amo saldrá á media noche, y debes acompañarle... Si tienes que decirme algo esta noche, acuérdate que me has de hacer llamar aun cuando esté rodeada de príncipes... Vete, Juan; si tuvieses algunos años mas, te hubiese participado mi secreto.

Luego que la duquesa estuvo sola permaneció algun tiempo inmóvil con la frente apoyada en su mano. Estaba muy pálida.

Su mirada brillaba de una manera opaca bajo la línea de sus cejas.

— Tengo razón, dijo al fin irguiendo su hermosa cabeza; siento que tengo razón. Dios no castiga esos amores que nada piden á la tierra... Moriría primero que entregarme á él... Pero si me le matan, mataré.

El espejo que tenia delante le envió su imagen. La duquesa se miró la cara y repitió:

— Tengo razón.

— Y bien, señor Juan decía entre tanto la señorita

Dalmas al lacayo, al cual habia detenido; heos aquí hecho hombre... Segun parece se os hacen encargos de confianza.

— Se necesita mucha discrecion, señor Juan, repuso Susana, acariciándole la barba.

Juan las saludó con mucha atencion y se escurrió.

— ¡A esa edad! dijo la señorita Dalmas levantando los ojos al cielo.

La señorita Susana repuso:

— La señora duquesa fué quien colocó á ese querubin en casa de M. de Villiers... Vos que habeis leído tantas novelas, señora Dalmas, ¿no hay una que tiene por título?...

— La condesa Hortensia ó consecuencias de una buena accion... Teneis muy mala lengua, querida.

En este instante sonó la campanilla de la señora duquesa.

Las dos doncellas se precipitaron á la vez para responder á este llamamiento.

Las doncellas encontraron á la señora duquesa tranquila y risueña.

— Mis cabellos, dijo la duquesa.

Parece que la señora duquesa habia tenido esa larga cabellera que le deseábamos hace poco. Lo que llamaba « mis cabellos » era una especie de muceta formada de trenzas delgadas, trabajadas como una red, llevando en cada malla una punta de diamante.

Pocas mujeres en el mundo hubiesen podido ofrecer lo que se necesitaba para fabricar aquella opulenta blonda, cuyo dibujo resaltaba, negro como el azabache, sobre un fondo de raso de púrpura. A pesar de que aquella blonda era espléndida, no era sin embargo bastante rica para la duquesa del Valle.

Habia quien pretendiera saber la historia de aquella maravillosa manteleta. Decíase que cuando la duquesa era mas joven, hubiese podido envolverse en sus cabellos sueltos, como la *almea* se cubre bajo la gasa de su velo. Pero la duquesa habia hecho un voto, y el hierro hizo caer una noche aquella cabellera, obra maestra de Dios. Aquella profusion de bucles desapareció de su hermosa cabeza.

El duque del Valle, perdidamente enamorado, quiso hacer de aquella cabellera una reliquia real, y de ahí esa manteleta que hacia decir á los poetas que la duquesa se envolvía en un rayo de sol. ¿Pero qué voto era aquel?...

La señora duquesa estaba pronta y dió orden para que se avisase al duque.

Las historias contadas en la víspera en el palacio de Boistrudan hacian furor esta noche en la embajada. La marquesa no cabía en sí de gozo oyendo repetir á su alrededor nombres que le pertenecian, puesto que habian salido de su gabinete-tocador: el francés Eduardo, el conde Alberto de Rosen, Towah el panio, M. Benito, llamado Mohican, el irlandés que vendia biftecks de leon, los golden-daggers, los vecinos, y esa novelesca doña Carmen, hija del alcalde, cuya suprema belleza parecia iluminar todos esos recuerdos.

Elena, muda y pensativa, meditaba junto á su madre.

— Y os advierto, decia la marquesa á los que se acercaban á ella, que despues de saber estas noticias por el conducto mas digno de fe, os advierto que sabremos el nombre de ese miserable francés... que es de los de nuestro círculo. Uno no puede menos de estremecerse cuando piensa que quizá ha estrechado su mano... Enrique me ha ofrecido formalmente nombrármelo...

Hay mas, añadió la marquesa tomando un aire enteramente misterioso: el conde Alberto de Rosen se halla en Paris... y hasta tengo un presentimiento de que vamos á verle... Para eso estamos perfectamente; tenemos dos personas que pueden presentárnosle: el general O'Brien y M. Jorge Leslie.

(Se continuará.)



El coronel OSMONT, comandante de estado mayor del cuerpo expedicionario de Siria.



LA AURORA DE LA INDEPENDENCIA ITALIANA, ESTATUA DEL Sr. FRACCAROLI.

El coronel Osmond.

Pocos oficiales han tenido una carrera tan activa como el coronel Osmond. A su salida de la escuela de Saint-Cyr, fué admitido en la escuela de Aplicacion de estado mayor, donde se han formado muchas de las ilustraciones militares de la Francia. Mas tarde fué á desarrollar sus talentos en las guerras de Africa y en el sitio de Roma en 1849.

Cuando la guerra de Crimea era comandante de escuadron; nombrado, durante el sitio de Sebastopol, gobernador de Eupatoria, rechazó vigorosamente, á la cabeza de la pequeña guarnicion francesa, los repetidos ataques de los rusos contra aquella ciudad.

Despues de la ocupacion de Kertch y de Ienikalé, obtuvo el mando superior de esas dos plazas. La energia é inteligencia de que dió pruebas en esas diversas funciones le valieron el empleo de teniente coronel y la condecoracion de oficial de la Legion de Honor.

La guerra de Italia le reservaba un papel brillantísimo. Comandante de estado mayor de la division Vinoy (2º del cuerpo de ejército del mariscal Niel), obtuvo el empleo de coronel por su noble conducta en la batalla de Magenta, en la cual aquella division hizo prodigios, así como en la jornada de Solferino, donde tomó una bandera á los austriacos.

La paz no le dejó inactivo; enviado á Niza en mayo de 1860, organizó allí los diferentes servicios militares, y dos meses despues salia para Beyruth á preparar la instalacion del cuerpo expedicionario, del que fué nombrado comandante de estado mayor.

Por un decreto de 26 de diciembre del mismo año, se recompensaban sus servicios promoviéndole al grado de comandante de la Legion de Honor.

P. P.

La Aurora de la independencia italiana.

La estatua de mármol de Carrara, cuyo dibujo damos, representa la *Aurora de la independencia italiana*. En el zócalo está grabada en francés esta dedicatoria: *A la prensa francesa y á M. L. Havin, director político del Siècle*.

Esta obra de una ejecucion notable, que se halla expuesta actualmente en el salon de las Artes Unidas, calle de Provence en Paris, es debida al cincel del señor Fraccaroli, autor del *Aguiles herido*, que obtuvo una medalla de oro en las últimas exposiciones de Lóndres y Paris. El caballero Fraccaroli es uno de los escultores mas distinguidos que hay en Italia.

La estatua fué presentada á M. Havin por una diputacion de italianos residentes en Paris, á cuya cabeza figuraban el caballero Fraccaroli, el señor Penkerlé, ex-ministro de Hacienda en Venecia; el señor Louzigno, redactor de la *Gaceta de Milan*, y el señor Philis, abogado, delegados por los comités de Turin, de Milan y de Florencia para poner en manos de M. Havin una manifestacion política.

M. Havin, con motivo del envio de la estatua, dió una reunion á sus colegas de la prensa y á los amigos de la independencia italiana. Los artistas del Teatro Italiano quisieron asociarse al pensamiento de sus compatriotas del Piamonte, de la Lombardia y de la Toscana, y el mártir último hubo en casa del director del *Siècle* uno de los mejores conciertos de la temporada. En él tomaron parte la Penco, Gardoni, Badioli, Lucchini, Graziani y la Ristori, que declamó con su talento ordinario estrofas italianas y versos franceses de M. Legouvé.

P. P.